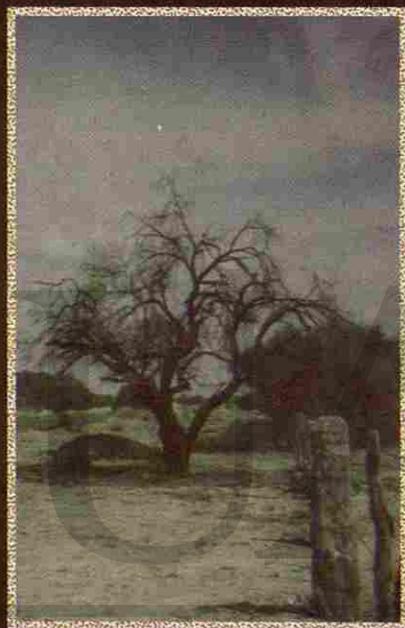


Elvia Salinas Hinojosa



**Estrellas
en el campo
del olvido**

297
55

P07297

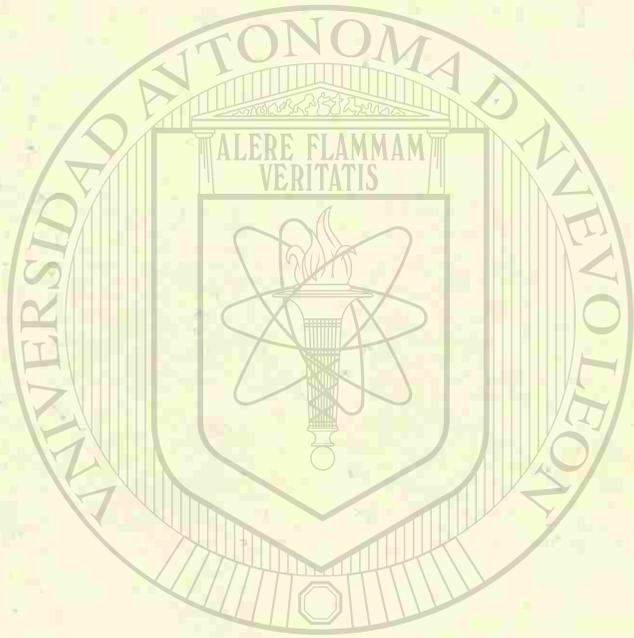
.S255

EA

C.1



1080090040



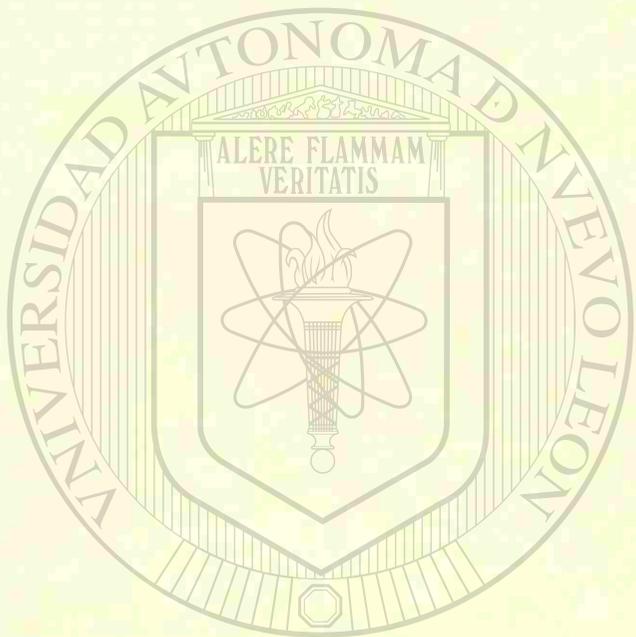
Estrellas en el campo del olvido

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Estrellas en el campo del olvido

Estrellas en el campo del olvido

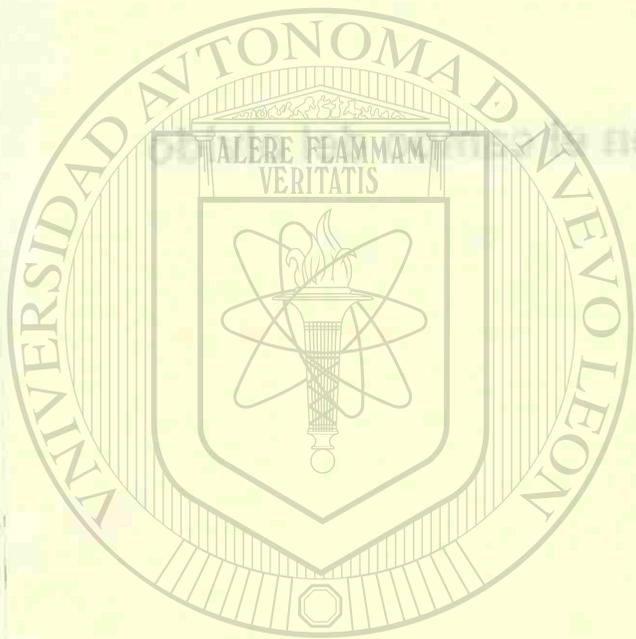
UANL

Elysa Salinas Hinojosa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





11464
496509
2022
83

Para mi familia
Para mis amigos

Estrellas en el campo del olvido

UANI

Elvia Salinas Hinojosa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

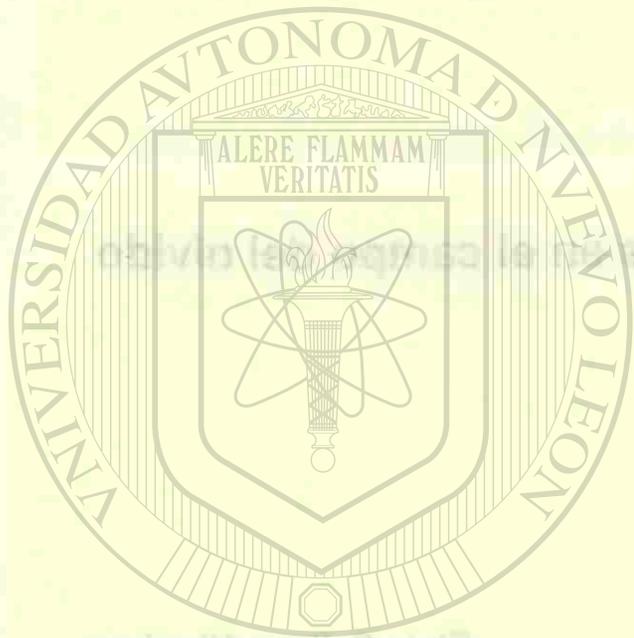
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PQ7297

.S255

€8



Para mi familia
Para mis amigos

por ser y por estar.

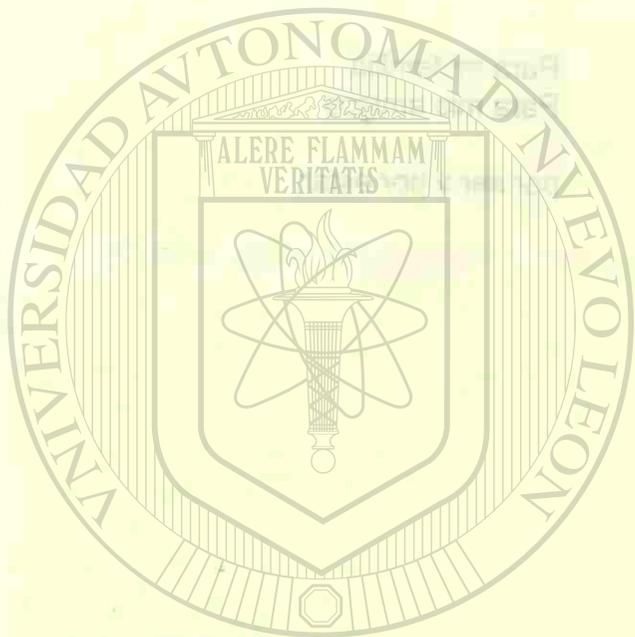
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

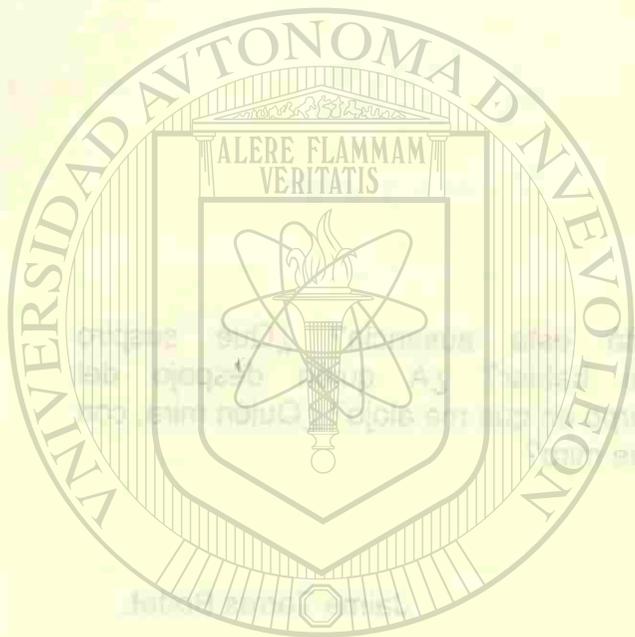
— A 600
FUNDACIÓN
DEL ESTADO

INDICE

Presentación	13
Prólogo	14
Armas de un junio viejo	17
Noches de luna llena 1	20
Noches de luna llena 2	27
Noches de luna llena	38
Noches de luna llena 4	39
Noches de luna llena 5	40
Noches de luna llena 6	41
Noches de luna llena	42
¿Quién habitó esta ausencia? ¿Qué suspiro interrumpo al hablar? ¿A quién despojo del recobrado cuerpo en que me alojo? ¿Quién mira, con mis ojos, lo que miro?	40
Danza	42
El viento que me trae	45
¿Quién mira, con mis ojos, lo que miro?	40
Responde	50
Atención	50
Está en el campo del olvido	51
El viento que me trae	57
El viento que me trae	58
Juego de espejos	63
El viento que me trae	64
Murmura de las hojas ignoradas	72
Fiesta de San Marcos	74
El viento que me trae	75
PROLOGO II	77

Jaime Torres Bodet.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

Presentación.....	13
Prólogo.....	15
Aroma de un junio seco.....	17
Noches de luna llena 1.....	26
Noches de luna llena 2.....	27
Noches de luna llena 3.....	28
Noches de luna llena 4.....	29
Noches de luna llena 5.....	30
Noches de luna llena 6.....	31
Noches de luna llena 7.....	32
Noches de luna llena 8.....	33
Paloma etérea.....	34
Detrás del perfil.....	35
Siluetas rotas.....	39
Relámpago en cielo azul.....	40
Derrota.....	44
Decadente humanismo.....	45
Piedras mudas de un puente roto.....	46
La espera.....	49
Ausencia.....	50
Estrellas en el campo del olvido.....	51
Cuestión de fe.....	56
Aviso de inasistencia.....	57
Sábado 24, a la caída de la tarde.....	58
Juego amargo.....	63
Imposibilidad.....	64
El umbral del cordero.....	65
Murmullo de lágrimas cansadas.....	72
Fiesta de bautismo.....	74
Labrador de espigas silenciosas.....	75
Añoranzas 1.....	77

Añoranzas 2	78
Añoranzas 3	80
Añoranzas 4	81
Añoranzas 5	83
Añoranzas 6	84
Añoranzas 7	85
Sin arrepentimiento	86
Juego de amor	87
Mitológicas 1	88
Mitológicas 2	89
Mitológicas 3	90
Mitológicas 4	91
Mitológicas 5	92
Sueño dorado	93
Muestra de civilidad	95
A prueba de vitaminas	96
Horizonte de paloma blanca	97
Corazonada	98
El precio	99
Ampolletas de salud	100
Tarde de letras heladas	102
Milicia de silencio	105

PRESENTACIÓN

La Universidad Autónoma de Nuevo León se ha caracterizado siempre por estar a la vanguardia en la “búsqueda de la verdad en la ciencia, las artes, la técnica, la investigación, la difusión de la cultura y el saber”.

Lo anteriormente expresado refleja el pensamiento del Dr. Reyes S. Tamez Guerra, rector de nuestra Alma Mater, quien ha enfatizado la función difusora del conocimiento y de la cultura como uno de los aspectos fundamentales del programa Visión UANL 2006.

La Escuela Preparatoria No. 9, uniéndose a la perseverante labor de Rectoría por establecer relaciones cada vez más sólidas entre la sociedad y la Universidad, se complace en presentar el libro “Estrellas en el campo del olvido”.

Esta publicación consta de cincuenta relatos de diferente extensión y temática. Su autora, la M.L.E. Elvia Esthela Salinas Hinojosa, es maestra de nuestra Institución y se ha distinguido por su entrega a la docencia y por su capacidad creadora en el área de las letras. ®

Añoranzas 2	78
Añoranzas 3	80
Añoranzas 4	81
Añoranzas 5	83
Añoranzas 6	84
Añoranzas 7	85
Sin arrepentimiento	86
Juego de amor	87
Mitológicas 1	88
Mitológicas 2	89
Mitológicas 3	90
Mitológicas 4	91
Mitológicas 5	92
Sueño dorado	93
Muestra de civilidad	95
A prueba de vitaminas	96
Horizonte de paloma blanca	97
Corazonada	98
El precio	99
Ampolletas de salud	100
Tarde de letras heladas	102
Milicia de silencio	105

PRESENTACIÓN

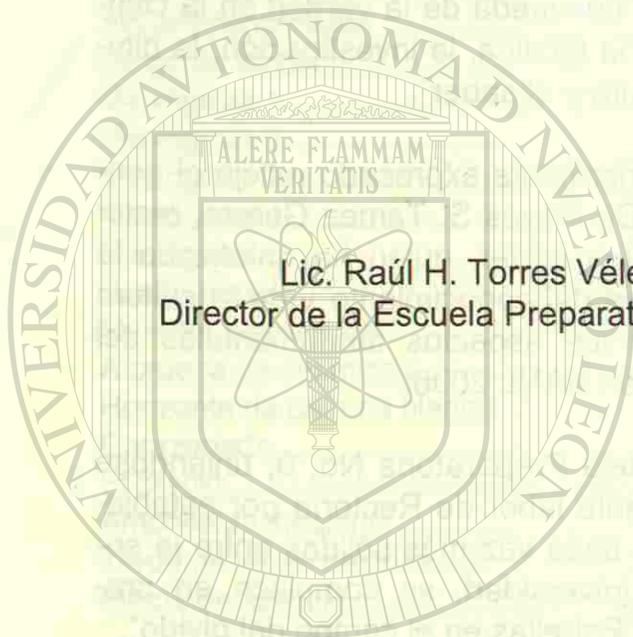
La Universidad Autónoma de Nuevo León se ha caracterizado siempre por estar a la vanguardia en la “búsqueda de la verdad en la ciencia, las artes, la técnica, la investigación, la difusión de la cultura y el saber”.

Lo anteriormente expresado refleja el pensamiento del Dr. Reyes S. Tamez Guerra, rector de nuestra Alma Mater, quien ha enfatizado la función difusora del conocimiento y de la cultura como uno de los aspectos fundamentales del programa Visión UANL 2006.

La Escuela Preparatoria No. 9, uniéndose a la perseverante labor de Rectoría por establecer relaciones cada vez más sólidas entre la sociedad y la Universidad, se complace en presentar el libro “Estrellas en el campo del olvido”.

Esta publicación consta de cincuenta relatos de diferente extensión y temática. Su autora, la M.L.E. Elvia Esthela Salinas Hinojosa, es maestra de nuestra Institución y se ha distinguido por su entrega a la docencia y por su capacidad creadora en el área de las letras. ®

Con este texto de narrativa la Preparatoria No. 9 pretende contribuir al esfuerzo que la UANL realiza en su afán de fomentar la cultura en la comunidad universitaria y en la sociedad en general.



Lic. Raúl H. Torres Vélez
Director de la Escuela Preparatoria No. 9

PRÓLOGO

El placer de escribir es el más íntimo y solitario que puede imaginarse. En la escritura el hombre plasma su protesta, su esperanza o desconsuelo, su fulgor o su oscuridad; espera a que alguien lo lea y lo comparta.

Al escribir narrativa se descubre otra manera de relacionarse con la gente y los acontecimientos, de descifrar los mensajes de la realidad circundante. Es rescatar el tiempo y darle una dirección.

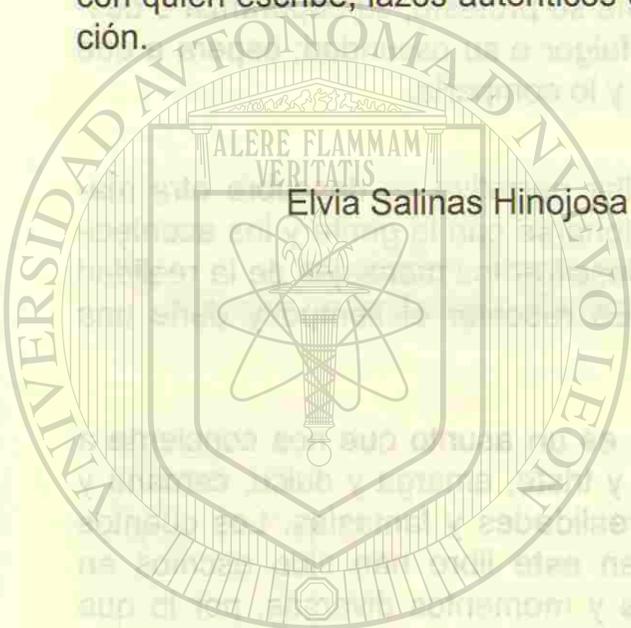
La vida es un asunto que nos concierne a todos: alegre y triste, amarga y dulce, cercana y ausente, de realidades y fantasías. Los cuentos que conforman este libro han sido escritos en circunstancias y momentos diversos, por lo que su temática y extensión es muy variada.

Escribir la vida es un acto definitivo de aprehensión de la realidad, creando, asimismo, una realidad propia: la del texto. ®

Dice Carlos Fuentes que la creación afecta al futuro, pero depende también del pasado y crea un nuevo tiempo: el de la lectura.

El que lee transforma, revive, pone el texto en acción descubriendo al hombre y sus circunstancias, pero sin quedarse en la historia personal sino, por el contrario, convierte el texto en un mundo abierto, capta el sentido y establece, con quien escribe, lazos auténticos de comunicación.

Elvia Salinas Hinojosa



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AROMA DE UN JUNIO SECO

A Helio Ernesto.

Un mes después de encontrarla, estás otra vez en el pueblo de callecitas pardas y casas de adobe, del que te fuiste sin regreso. Es una tarde rara: después de la lluvia inusitada, ha quedado una brisa cargada de suspiros. Te sabes forastero. Sumergido en un mar de silencio, te cubres con la niebla invisible del recuerdo. Casi medio siglo sin verla, sin acercarte a la maestra Carmen María, quien sembró en ti la semilla del amor por el lenguaje, la lectura de cuentos, de poemas...

Tu pensamiento se pierde en el tiempo, en la distancia. Vives en ese pueblo triste y polvoriento del sur del estado. Eres el niño de quinto año que va a la escuela lleno de ilusiones, de fantasías y esperanzas.

—El concurso de ortografía está cerca —te dijo aquel día de febrero—. Sentiste un escalofrío corriendo por tu cuerpo. La profesora Carmelita exigía, cuando era necesario, una disciplina heroica. Para ella la palabra derrota significaba —lo repetía con frecuencia— vencerse sin lucha, sin entrega, sin preparación.

Cuando resultaste triunfador en las eliminatorias internas, el primer comentario de la "Generala" —como la llamó luego todo el pueblo— fue para recordarte que la tarea verdadera

apenas comenzaba y la competencia con las escuelas de los otros municipios era el reto que, año tras año, ella enfrentaba llena de energía.

Las horas extras de trabajo, los dictados interminables, las revisiones y autocorrecciones eran para ti un rito lleno de misterio: el encuentro con nuevas formas de expresión, con vocablos ignorados hasta entonces, con frases de sintaxis rebuscada... pero todo quedó tan lejos, tan perdido en el pasado.

La reconociste cuando pasabas por el cuarto 402 del pequeño hospital para maestros, donde querías saludar a un antiguo compañero de trabajo. Al oír una voz que te resultó conocida, te acercaste a la entrada de la habitación.

La cama donde yacía era pequeñísima para la "Generala". Y no es que ella fuera muy alta, sino que la luz que despedían sus pupilas disminuía la habitación y todo lo que en ella se encontraba. La misma llama en su mirada, la sonrisa ahora tenue, el cabello de luna, el hoyuelo cercano a la barbilla, el lunar que corona su ceja izquierda, las manos aleteando inquietas...

Te dirigiste a su lecho; te miró y de sus ojillos vivarachos se desprendió un rayo de tristeza, pero la expresión sombría se iluminó poco a poco y el hoyuelo —ahora bordeado de finas líneas— fue para ti la inconfundible señal de que era ella. El tiempo se diluyó en el abrazo y en la

sonrisa: —Genera... profesora, ¿se acuerda de mí?

No pudiste evitarlo. Aunque la palabra "general" se quebró en tus labios antes de completarse, sentiste arder tu cara. Y todo apareció de nuevo en tu memoria: aquel día, tantos años atrás, cuando tuviste que decir el discurso de bienvenida a la comisión del ejército encabezada por el general José Ángel Barrientos. La profesora Carmen había sido la encargada de redactarlo y de prepararte para decirlo en representación de los niños del municipio.

Vuelves a sentir el aire hirviendo a borbotones en el kiosco situado en el centro de la plaza, las miradas del presidente municipal, de la directora, de los maestros, padres de familia y alumnos, clavadas en tu rostro y te oyes repitiendo "El glorioso ejército mexicano, cuyo día celebramos hoy, 19 de febrero, es el pilar donde se apoya la soberanía de la Nación..."; pero los ojos del general Barrientos están fijos en el rostro de la profesora Carmen María. No tiene vista para nada más...

El gesto de sus labios se fue dilatando en la sonrisa. —Hace cuarenta y cinco días que estoy aquí —te dice— me trajeron por un dolor en las piernas y ahora resulta...—. La enfermera que irrumpe en la habitación la hace suspender el coloquio. Es preciso realizarle la toma diaria de orina y sangre y tienes que salir del cuarto por un momento.

—Los mamíferos tienen sangre caliente y algunos dejan rastros de su orina para atraer al otro en tiempos de celo —explicó cuando hicieron aquella excursión por el campo—. Ese día saliste en grupo a explorar las rancherías vecinas al municipio. Como todos los alumnos de quinto grado, tenías la obligación de participar en la caminata de ocho kilómetros, de escuchar las explicaciones y de realizar, más tarde, la composición final sobre el recorrido.

Aunque a las 6:30 de la mañana deberías estar en la puerta del panteón, pues a esa hora se iniciaría la marcha, la inquietud por la aventura te llevó mucho antes de la hora señalada. La Generala entró en el camposanto. Se dirigió a la tumba de sus padres. Estuvo en silencio unos momentos y salió.

En la puerta estaba José Ángel Barrientos. Tú te escondiste detrás del laurel que adornaba el monumento de los masones y pudiste escuchar sus voces:

—¿Cómo se atreve, general?, mis horas de trabajo son...

—Tranquila —la interrumpió Barrientos— sólo quiero saludarla y decirle que mañana he de ir a la ciudad... pero deseo regresar y volver a verla —extendió su mano y la colocó en el hombro de la maestra, quien permaneció rígida, mirándolo directamente a los ojos.

—¿Tranquila yo?, quien debería sentirse nervioso es usted, pues andar espiando a muje-

res solas no es muy propio de un hombre decente y mucho menos de su rango, general Barrientos.

El militar parpadeó repetidas veces y retiró la mano del hombro de la profesora. Ahora parecía niño recibiendo una amonestación. A pesar de la diferencia de estatura —la maestra apenas le llegaba al pecho— el hombre fue empequeñeciéndose gradualmente.

—Discúlpeme, profesora, no pensé que pudiera ofenderla de esta manera, yo sólo quiero decirle...

—Pues le suplico que se marche —murmuró con voz serena, pero en su mirada viste el mismo fuego que brotaba cuando, en el salón de clase, algo la contrariaba de modo extremo— ¿No ha escuchado que pueblo chico...? yo he de cuidar mi reputación y usted no me está haciendo ningún favor al respecto... ¡Váyase ya! Aunque su voz era de seda, la determinación vibraba en cada una de sus palabras. La maestra permaneció quieta, mirando el camino por donde aparecerían sus alumnos.

No puedes evitar la sonrisa al recordar la cara de aquel hombretón. Sus ojos eran incendio y sus manos se crisparon convulsas. Intentó volver a hablar, pero sólo tartamudeó algo que no pudiste escuchar. Su voz sonó apagada y temblorosa.

La puerta se abre y sale la enfermera. —La profesora lo llama —te apremia—. Entrás al cuarto y ves en ella la misma expresión de ansiedad de hace casi cincuenta años. —El concurso de ortografía fue difícil, pero lo ganamos —dice como si el tiempo no hubiese transcurrido— aunque los acentos diacríticos nos pusieran a temblar, ¿verdad? Vuelves a sentir el retortijón, las piernas de gelatina y la boca seca; pero también revives la sonrisa clara y el aroma tierno del abrazo de la Generala.

Ella te guiña los ojos y te despide diciendo: —Acuérdate que nunca fui la Generala— y ríe cuando ve tu cara sonrojada. Se acurruca y dice que espera volver a verte antes de...

Regresas al hospital la semana siguiente. La maestra está dormida. Te sientas y ves su cuerpo estragado por la enfermedad incierta, su palidez de muerto en el rostro lleno de recuerdos.

Revives sus palabras de consuelo cuando, al año siguiente, murieron tus padres en el aluvión del río, cuando quedaste huérfano y odiaste el pueblo, cuando la vida se te hizo tan lenta que se hubiera detenido de no ser por su calidez de roca; luego, sus gestiones para que tus tíos que vivían en la ciudad se hicieran cargo de tu educación.

Sus manos, que hace tanto tiempo te atraían como palomas fantásticas, ahora reposan agotadas sobre el lienzo triste. Siempre admi-

raste la danza de sus dedos largos y vigorosos, los ademanes resueltos y firmes.

—Una persona honesta y sincera se conoce por su mirada firme y por el movimiento corporal —te dijo al terminar la primaria y despedirte, pues debías marchar a la ciudad para proseguir la secundaria y, más tarde, la carrera que elegiste desde niño, la de profesor—; mira siempre los ojos de la persona con quien hables y acompaña tu lenguaje con la actividad del cuerpo, pues si vas a ser maestro eso es tan indispensable como saber ortografía o historia —enfaticó con energía.

Sientes el abrazo guardado tantos años en el olvido. La ves sonriendo al decirte adiós y susurrarte: —¿Quieres saber lo que dijo el general Barrientos aquel día en el panteón, cuando estabas escondido detrás del laurel del monumento a los masones?

A pesar de tus incipientes doce años y del respeto —casi veneración— que sentías por tu maestra de quinto grado, aquel día lejano empezaste a crecer. Cuando observaste al general poner sus garras en el cuerpo de la profesora...

La viste a los ojos; le tomaste las manos y le contestaste que ese día tú estabas listo para defenderla en caso de que se necesitara. —Pues eso fue lo que me dijo el grandulón —comentó riendo— que tenía quién me cuidara. Yo le contesté que sí, que había un hombre vigilando, que aunque el que velaba por mí era casi un niño, me

defendería si fuera preciso. El pobre se puso colorado, colorado.

Los días pasaron; continuaste asistiendo a la clínica con frecuencia. Los recuerdos brotaron espontáneos y cerraron las grietas que el tiempo y la distancia habían formado. A la profesora Carmen María, si bien la enfermedad aniquilaba su cuerpo con rapidez, no la herían los soplos helados del desaliento. Sus setenta y siete años —repetía con orgullo— le bastaban para sentir que había vivido lo suficiente y que podía dar buenas cuentas de la labor realizada. No viste en ella, en ningún momento, un jubilado en derrota, sino un auténtico general en campaña.

Le preguntaste cuántos años trabajó como maestra y sus ojos se humedecieron un instante, pero recobró la sonrisa cuando te dijo que sólo cincuenta y nueve. —Yo hubiera querido llegar a los sesenta, pero ya ves, el hombre propone y... a propósito, ¿sabes que el general Barrientos me insistió por más de diez años? ¡Ah, qué hombre tan terco!, le parecía imposible que yo prefiriera ser maestra a convertirme en generala.

Por fin vuelves al pueblo del que partiste cincuenta años atrás jurando no volver, pero aquí estás en tu último regreso para el adiós definitivo. El sepelio de la profesora Carmen María te trae al panteón. La brisa se aleja dejando el calor denso y el aroma de este junio seco. Sientes el

silencio violento del lugar y el espectáculo te llena de vacío.

Desde el monumento de los masones, recargado en el árbol de laurel, puedes observar la muchedumbre gris que acude a despedir a la "Generala". La gente te resulta desconocida, menos ese hombre de postura firme y ropa militar desbordado por la certidumbre del abandono.

NOCHES DE LUNA LLENA

(1)

Te revuelcas en la cama y maldices la huida del sueño. Las sombras se pasean frente a ti. Los murmullos de los grillos revuelven la jaquaca. Te ahogas. Abres la persiana y vuelves a acostarte. La luna llena se mete en el cuarto, juega con las sombras. Se detiene. Te hace cosquillas en los pies. Recorre tu cuerpo. Se posa en tu cara y la baña de luz. El insomnio es ahora vigilia quieta. Todo puede ocurrir en luna llena.

NOCHES DE LUNA LLENA

(2)

Los barcos camaroneros salieron a las cuatro de la mañana. Cuando despedí a Carlos en la orilla del muelle vi la luna enorme y pálida, como una mujer gorda envuelta de tristeza. El guardia nos dijo que primero zarparon nueve y luego tres. La tormenta comenzó temprano y ya regresaron once. Es medianoche y sigo esperando el barco de Carlos. El mar se queja y la luna llena huele a muerte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOCHES DE LUNA LLENA

(3)

La serpiente del miedo se te enrosca en los tobillos, recorre tu cuerpo y llega a tu cabeza. Caminas cada vez con mayor rapidez. Escuchas los pasos del hombre que se acerca. La vista se te nubla y no sabes qué hacer.

Corres desesperada y tu perseguidor hace lo mismo. Te falta el aliento y tu corazón retumba. Enloquecida, te detienes. No te atreves a voltear. La calle está sola, iluminada por la enorme bola roja que se asoma detrás del edificio de teléfonos. La sombra se une a la tuya.

NOCHES DE LUNA LLENA

(4)

A María Candelaria.

La Güera llegó a su casa a punto de la histeria. Jadeaba. Con el pie izquierdo dio tres golpes a la puerta, mientras llamaba a su madre entre lágrimas e hipos convulsivos.

—¿Qué te pasó? —preguntó alarmada su progenitora—, ¡mira cómo vienes! ¿Hubo jaleo en el futbol americano? ¡Cálmate, cálmate! ¿Dónde está Luis? ¿Te asaltaron? ¿Te drogaron? ¿Te violaron? ¡Ay, Dios mío! Yo no quería que fueras a ese partido. Te dije muchas veces que no me gusta que salgas en la noche...

Ahora las dos mujeres lloran. La jovencita se abraza a su madre con una mano. En la otra sostiene una pequeña bolsa de papel. La mujer trata de arrancársela. La muchacha se revuelve con furia.

—¿Qué traes ahí?

La Güera gime y abre la bolsa al tiempo que dice: —Tú me contaste que las brujas convierten a los príncipes en sapos, pero nunca me dijiste que en las noches de luna llena, si besas al novio después de un gol de campo, podría pasar esto.

El sapito cayó al suelo.

NOCHES DE LUNA LLENA

(5)

La tierra se estremece. Desde el avión, las dunas son cuevas sembradas de fantasmas que bailan al conjuro del viento. Presionas el rostro contra la ventanilla, levantas la cabeza y contemplas el trozo de infinito salpicado por incontables chispas de luz. La luna te sonríe con muecas graciosas, cálidas. La noche de plenilunio en el desierto arrulla el alma, calma la angustia. Ciertras los ojos y respiras fuerte. Imposible ignorar al policía que custodia tu viaje sin retorno.

NOCHES DE LUNA LLENA

(6)

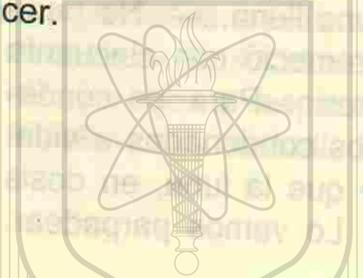
El maestro no es hoy el mismo. Su mirada se pierde en las paredes. —Anoche no dormí —nos dijo de pronto—. Sonrisitas, guiños disimulados, suspiros tendenciosos. —Estaba trabajando —agregó sin que nadie le preguntara el motivo de su desvelo—. Risillas sordas, movimientos sugestivos. —No fue la luna llena...—. No pudo terminar. El salón se estremeció con cincuenta carcajadas. A coro decimos: —Para los condenados a muerte, y para los condenados a vida, no hay mejor estimulante que la luna, en dosis precisas y controladas—. Lo vemos parpadear. Silencio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOCHES DE LUNA LLENA (7)

El aire de la noche se cuele entre la sábana. El mar huele a cántaro roto, a hormiga enamorada, a reloj interminable. La luna tiene miedo y se esconde. La bruma envuelve los árboles, se trepa a la terraza y se sienta a mi lado. Es noche de plenilunio. Estoy esperando que se decida a aparecer.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOCHES DE LUNA LLENA (8)

La plaza del pueblo se estremece, mecida por la brisa que huele a durazno y a flores de azahar. La nostalgia se acurruca en sus esquinas. Camina entre los árboles bañados de rocío y se acerca. La sientes recostada en tu corazón. La tocas. Quieres aprisionarla y se te escurre entre los dedos. La ves esconderse detrás del naranjo más viejo, el que sembraron cuando la inauguración del kiosco. Pretendes ignorarla y coqueteas con las mariposas amarillas que bailan junto al jazmín. Imposible. Es noche de luna llena.

PALOMA ETÉREA

(8) A Paquita Hinojosa.

Única: pequeña, bella, sutil. Sus ojos verdes hablan del amor acumulado durante tres cuartos de siglo.

Armoniosa hasta en los detalles más simples de su vida cotidiana. Su sensibilidad aflora desde el saludo matinal, al invitarnos para el desayuno, al despedirnos cuando salimos a trabajar. Nos sumerge en cataratas de ternura.

Como tórtola a sus crías, nos cobija en su lealtad. Con sabiduría innata marca los caminos, señala el ritmo de la vida.

Esa paloma azul de sonrisa tenue y ojos de sueño, de figura de niño y corazón gigante, es apoyo y refugio, es ideal de amor y entrega. Es tía Paquita.

DETRÁS DEL PERFIL

—¿Otra vez, Sandra?, ya deja en paz esa cajita. Son tres veces que la revisas en el transcurso del día.

Ella me mira. Veo la impotencia, la rabia, la amargura reflejadas en sus ojos.

—Pues mira, hombre, tan sencillo... ya déjame tranquila. Total, es mi casa, mi buzón y mi dolor.

Tiene razón. Dos años de espera es demasiado tiempo. Veinticuatro meses desde que Roberto, su marido, fue a reportear los sucesos de Chiapas. Desde entonces, ni una carta, ni una llamada telefónica.

Esa estatua desolada es la mujer que he querido desde siempre, es la amiga de mi infancia, el sueño de mi juventud... y ahora está sola, viendo obsesivamente la caja vacía de esperanza en la que destacan la boca inerte y el ojo bur-lón.

Ella se esfuerza por escalar su muralla de humo: —Perdóname, Juan Pablo, no quise hablarte así, eres mi único amigo, mi confidente —me dice con voz suave, pero colmada de nostalgia.

—¡Vamos, Sandra!, intenta distraerte un poco. Mira, la tarde es preciosa, salgamos a caminar un rato, al cine, a donde quieras...

Me empeño por penetrar en el horizonte vacío de su mirada; pero es inútil, Sandra ya no me ve, no me escucha... ha vuelto a refugiarse en la selva implacable de los recuerdos.

Como león en celo oculto mi tempestad interior. Ella no sabe de mis angustias, de mi tortura de toda una vida. Desde niño, viéndola jugar con sus amigos. Después, escucharla contarme sus primeras experiencias de amor y luego, el mazazo final, su boda.

Yo siempre en la sombra, acechando, en espera del momento.

La víspera de su matrimonio —lo recuerdo perfectamente— ella estaba rebosante de entusiasmo. Sus ojos despedían llamaradas de alegría.

—Mira, Juan Pablo: los anillos, el lazo, las arras, mi vestido, ¿verdad que todo es perfecto?

Yo la veía ciego, mudo, vacío, tratando de ocultar mi dolor. ¡Qué noche aquella!, tres años no han bastado para olvidarla. Crucificado en mi soledad lloré, bramé, me retorcí en mi angustia, en mi desesperación.

Pero al día siguiente estuve tranquilo, impasible junto a mi amiga; cortés con su ya esposo. Sandra me abrazaba con ternura —Es a quien más quiero después de mis padres y de ti —le decía a Roberto.

Cuando los despedí en el aeropuerto, deseé que un rayo nos fulminara a los tres.

Sandra se apoya en el buzón, mira esa tumba del amor con desaliento, casi con odio. Me duele que sufra, que se marchite poco a poco en la espera.

—¿Tú crees que Roberto me haya olvidado?, tal vez esté preso, o lo mataron, o qué sé yo... —sus ojos son ahora impasibles, lejanos.

—Sandra, Sandra, si él vive y quiere, volverá. Ven, entremos a tu casa, ya no es hora del correo.

—¡Maldito País!, ¿por qué Chiapas? ¿por qué Roberto? Él no quería hacer ese reportaje, me lo dijo varias veces, pero de pronto cambió de idea...

—No, Juan Pablo, es que no quiero dejar a Sandra. Un mes es mucho tiempo.

Mi corazón saltó. Un año de sufrimiento, de verlos felices, de escucharla confiarme sus alegrías. Era demasiado.

—Es tu gran oportunidad y cuatro semanas pasan pronto.

—Es que Sandra tiene miedo de que yo me vaya, piensa que la situación es peligrosa.

—Si no te decides, otro lo hará y tú seguirás en la mediocridad. Hazlo por Sandra. Ella merece tu esfuerzo.

—Pero va a estar sola.

—Sabes que estará bien cuidada por sus padres y por mí.

Roberto salió para Chiapas al día siguiente.

—...Y son dos años y nadie sabe de él. Dos años aferrada a esa caja vacía, a esta esperanza que poco a poco se desvanece. Hasta mañana, Juan Pablo.

—Trata de dormir—. No puedo evitar perderme en las sombras de tristeza de sus ojos.

La veo abrir la puerta y desaparecer. ¿Cómo decirle que su esposo es ahora sólo un fantasma presente? ¿Que volvió al mes siguiente? ¿Que yo recibí el telegrama anunciando su regreso? ¿Que fui por él al aeropuerto?

Él no vendrá jamás. Estoy plenamente seguro. Su cadáver es ahora uno más de mis secretos.

SILUETAS ROTAS

¿Cuántos cielos hay frente a mis ojos? El de las tres de la tarde olía a esperanza. A las cinco destiló el sabor de la nostalgia. Después fue amargo, con gajos de hiel desparramados. En el crepúsculo me hirió con luces despiadadas.

Ahora agonizamos juntos.

RELÁMPAGO EN CIELO AZUL

... las ocho cuarenta y cinco ya perdiste cinco minutos cero y diez mira el cielo azul no como ayer necesitas gastar calorías aprisa aprisa te agradezco Señor por este día y te pido perdón qué te pasa no encendiste el cronómetro y esta tristeza somnolienta que corre junto a ti pinche suerte pinche clasecita poco más y acabamos todos entumecidos cuántos días pensando en lo sucedido cómo fue a pasar esto por algo dicen que los cuarenta son los más peligrosos Leticia si supieras y ayer ni siquiera pude caminar y la salamandra que emerge de lo oculto una faltan nueve y eso que es primavera vaya situación apura el paso respira hondo pobres hombres qué destino mira que ofreciendo tomates de puerta en puerta y esos labios que tanto me miraban y que luego después me maldecían ja y ahora cantando Cristo si pudiera olvidar y si me contagio y los niños y Leticia ay cómo cantan estos pájaros quién gozara de su libertad y para qué la quieres para que los remordimientos se deslicen como corceles galopantes por cada poro de tu cuerpo carretones repletos de basura a un lado y otro y la catarina tan campante estático animalillo puesto bajo la lupa y el montón de mocosos deslizándose por sus costados dos y te quedan ocho qué cansancio los músculos me piden a gritos que pare y para qué volver a dar la próxima clase con este ánimo desánimo que corre cuántas ca-

lorías llevo consumidas el relojito dice que doscientas ochenta y cuatro claro con este pasito de maricón nunca te había sucedido qué te llevó a ese café y cómo se dio la conversación ya olvídalo mira la catarina ahora está sola cuántos colores de buganvillas ladrillo rojo blanco vaya placita cursi que estuviste en la clase de las siete treinta qué culpa tienen los muchachos de tus devaneos tres y siete y trescientas veintiséis esta mugrita no avanza y los rosales amarillos rosas blancos qué mezcla anoche no te pude ver a los ojos Lety y cuando me pediste hacer el amor un río de temores me inundó y no pude alcanzar la otra orilla que se callen esas campanas ya con el de los tomates tengo bastante ahora también la basura pero qué asco de mundo todo crisis todo mierda sólo tú catarina qué tranquila esperando que los inocentes escalen por tus laderas grises cuatro y seis grises los ojos burlo-nes que viste primero y después la boca fina y el arillo dorado en la oreja y la promesa indescifrable de la sonrisa quieta y el saludo callado hay que ver el teorema con el grupo que sigue la suma del cuadrado de los catetos ay señora usted tan tranquila comprando tomates mejor no voltees acuérdate que eres el serio correcto apacible profesor de sus hijos ja y la catarina asaltada de nuevo por este pequeño enjambre de quién sería la gloriosa idea de hacer un resbaladero con esta forma pinche suerte pinche placita cinco vueltas apenas se te notará algo en la cara en la forma de caminar siempre el ejemplo de rectitud y tus hijos Lety tan orgullosos de su padre Jesús

cómo fue que sucedió basura basura basura en
carritos en camión en bolsas bolsas y ustedes
señoras saben qué hacen sus maridos cuando
van al café y la conversación intrascendente pri-
mero después las cervezas y luego el tequila y la
sonrisa quieta y los ojos grises por fin se callaron
las pinches campanitas qué cansancio cuatro-
cientas treinta y dos estás peor que nunca es
igual al cuadrado de la hipotenusa buganvillas
rosales catarina y la bola de mocosos que no pa-
ran de gritar y deslizarse Leticia cómo te lo voy a
decir seis y faltan cuatro y el azul metamorfo-
seando ahora que te vaya bien tomatero al me-
nos tú ya terminaste como caballo cansado nue-
ve dieciocho el tiempo te ganó no si a ti te vence
todo la clase los ojos grises y la invitación a se-
guir brindando en otra parte cuántas horas en lo
mismo mascullando la culpa muchachos las rela-
ciones sexuales deben realizarse con responsa-
bilidad escojan bien su pareja cuidense de los
homosexuales sí profesor apreciamos sus con-
sejos usted es nuestro ejemplo la suma del cua-
drado siete y tres quinientos veinte como nunca
mira el cerro más vivo que tú y la catarina catari-
na naranja y negro con sus deslizadores grises
como los ojos que te invitaban a probar lo nuevo
qué tan nuevo si tú nunca habías fornicado ni
siquiera con otra mujer desde que te casaste y
ahora qué recto qué honrado el buen profesor el
buen esposo el buen padre cómo llegaste al de-
partamento cómo empezó el juego de los catetos
es igual pues sucedió caíste perdona nuestras
ofensas caíste caíste Leticia lo supiste anoche

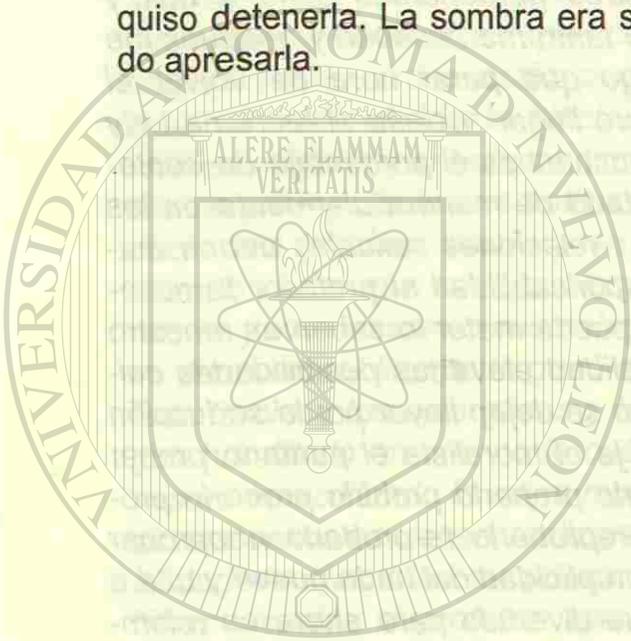
que no pude alcanzar la otra orilla al cuadrado el
animalucho tan feliz quieto mudo cómo disfruta el
retozo de los niños en su lomo y todo inundado
de zigzagueantes pececillos volanderos de es-
pasmódica soledad de la hipotenusa dichoso ce-
rro como nosotros perdonamos ocho y dos y
esos labios que tanto me besaban y después me
maldecían tengo que parar hora de volver el
tiempo justo para llegar a clase el teorema Lety
caíste caíste muchachos el porcentaje de conta-
gios ha aumentado de manera alarmante en los
últimos años las relaciones sexuales deben ma-
nejarse con responsabilidad sí profesor la nove-
dad atrae pero puede matar lo sabemos maestro
y la homosexualidad eleva las posibilidades cui-
dado cuidado no se dejen llevar por la seducción
de lo prohibido ja el moralista el puritano probar
lo nuevo probarlo probarlo probarlo probarlo pro-
burlo reprobar reprobarlo re-probarlo neoprobar
esperando la complicidad del hado nueve y una a
los diecisiete fue divertido pero ahora es relám-
pago en cielo azul te faltó la última y ciento
ochenta y dos calorías que dejas vivas nuevas
como los fantasmas amarillos de la mirada gris y
la sonrisa quieta...

DERROTA

Esperó a que la sombra estuviera cerca. Cuando la tuvo al alcance de su mano estiró el brazo y quiso detenerla. La sombra era sólo eso. No pudo apresarla.

DECADENTE HUMANISMO

Otra noche alrededor de la mesa. La copa de tequila y las cartas se repiten. La misma música, idénticos comentarios. Las fichas rojas y amarillas cambian de lugar. Ahora ganan las azules y verdes. Los jugadores están nerviosos. El tiempo se agota. Hay que ganar el último juego. Sólo uno volverá con vida.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PIEDRAS MUDAS DE UN PUENTE ROTO

Güicho llega solo a la choza, como había convenido con su antiguo amigo Jaime Rincón. Atardece. La pequeña torre de la iglesia del pueblo cercano se recuesta en el cielo anaranjado.

Se asoma con cautela entre las plantas que amenazan con devorar la cabañita. En la puerta está Jaime Rincón con un atado de papeles en la mano. No hay nadie más.

Güicho camina hacia el lugar donde está el abogado. Aparecen cuatro individuos detrás de él; dos lo sujetan y lo esposan, otro lo amenaza con un revólver; el cuarto le arranca el pasamontañas.

—Rincón... Rincón... ¿Qué es esto?, por qué...

—¡Cállate! —le muestra el atado— mira... lo que buscaste toda tu vida.

—Los títulos de propiedad —dice el esposado en tono burlón.

—Sigues tan pendejo como siempre, confiando en la gente.

—No en toda, pero en ti... hace doce años todavía eras hombre de palabra.

—Doce años es mucho... muchísimo tiempo.

—No para los hombres de ideales firmes... son casi las mismas frases que pronunciaste en el mitin del 83, ¿te acuerdas?... aquel 2 de octubre, en el zócalo.

—¿Y qué sucedió? Presos todos. A la delegación por subversivos.

Güicho cierra su mano derecha. La rabia le nubla los ojos.

—Sí, estuvimos dos meses encerrados. Por cierto, fuiste el primero en salir y luego te alejaste del grupo. Lo último que supe fue que estabas litigando, que tenías tratos con gente del gobierno. Tú te encargaste de convencer a la mayoría de que es útil tener contactos con el poder.

—Y tú, amigo Güicho, te perdiste. ¿Cuántos años con estos mugrosos?, ¿seis?, ¿ocho? ¡Pero qué bestia!, dar tu vida por esta gente, si se le puede llamar así.

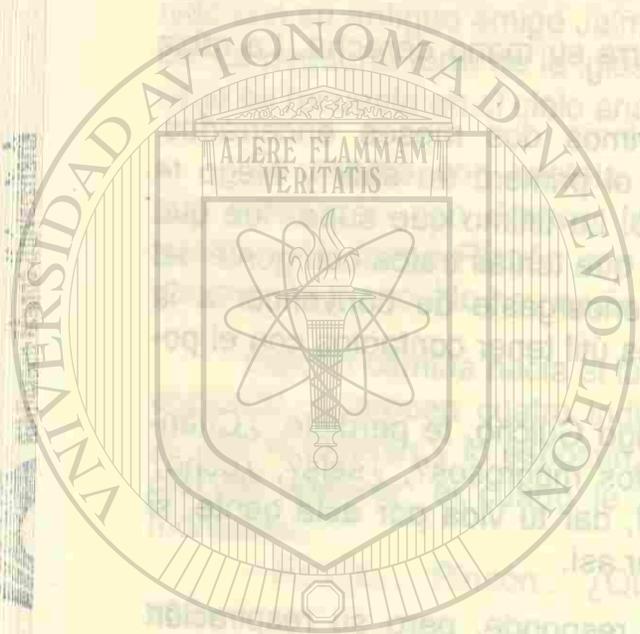
Güicho no responde, pero su respiración retumba en las paredes de la cabaña.

—¿Quieres tus títulos de propiedad? ¡Pobre idiota! Es una orden de aprehensión. Debo llevarte directamente a Lecumberri. Allá te espera un buen recibimiento.

La mirada de Güicho va cambiando; sus ojos, antes de fuego, se llenan de frialdad.

—¿Tú crees? Te dije que confiaba en cierta gente. Pero en ti está por verse. No pasaste la prueba.

Sacude la cabeza. De las sombras se desprenden varias siluetas. Los pies descalzos de los indios se deslizan en la tierra. Las figuras se acercan. Jaime Rincón y los cuatro hombres no lo perciben.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA ESPERA

A Paulita Tijerina.

Los veo sentados en el banco de la entrada. El salón de conferencias está solo. Me acerco y pregunto por la maestra. Nadie responde. Un silencio obstinado nos envuelve.

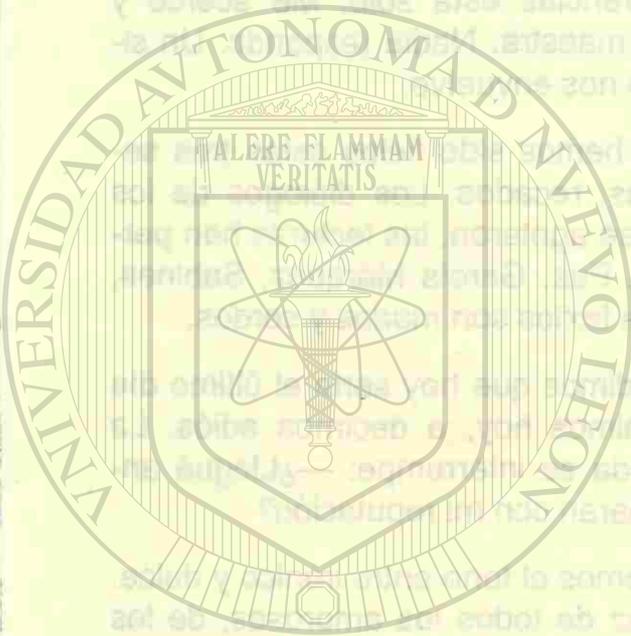
Los ocho hemos sido fieles estas tres semanas: llamadas, recados. Los diálogos de los días anteriores se agotaron, las lecturas han perdido su calidez. Paz, García Márquez, Sabines, nuestros propios textos son mudos y sordos.

Ayer decidimos que hoy sería el último día y para eso venimos hoy, a decirnos adiós. La despedida callada se interrumpe: —¿Llegué antes de que acabaran con mi reputación?

Reconocemos el tono entre irónico y dulce. Es la misma voz de todos los amorosos, de los que se salvan con la brisa tenue de la palabra.

AUSENCIA

Las gaviotas no vinieron hoy, la luna tampoco.
¿A dónde se fue la belleza?



ESTRELLAS EN EL CAMPO DEL OLVIDO

Te deslizas con pasos lentos, apoyándote en tu viejo báculo de madera encapotada. Respiras con fatiga. Llegas al pequeño jardín situado en el fondo de la casa. Tus ojos ruedan por el espacio que constituye tu único refugio y consuelo.

Percibes los últimos destellos de claridad y tu cuerpo se encorva un poco. Con movimientos cansinos te sientas en el banquillo verde y blanco, regalo de tu hijo en la última Navidad.

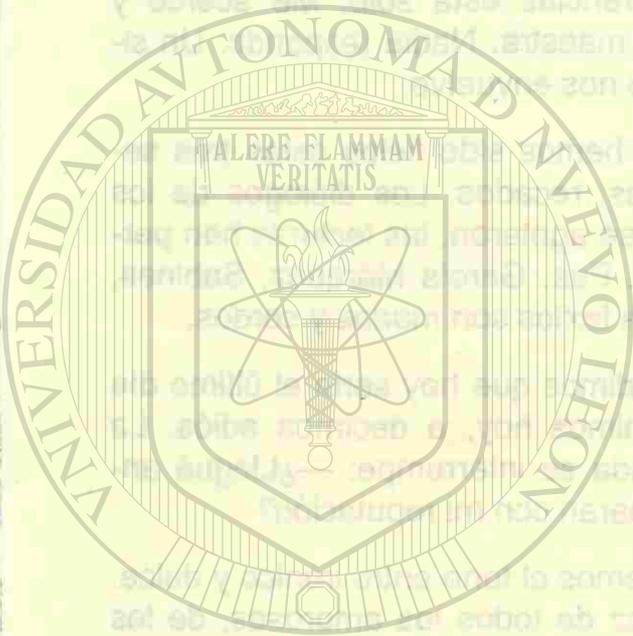
...obscenidad obsesión obstrucción fallo de la vida Elías tres meses sin venir y dónde quedó tu inteligencia tus triunfos tu trabajo en la televisión y Carmen hija tan lejos cinco años esto necesita cuidados yo ya no puedo Elías hijo y el azúcar que me tiene medio ciego y el corazón y la soledad...

Notas la humedad en tus mejillas y te limpias el rostro con un gesto de rabia e impotencia.

...y las cuentas del banco irrumpen y colman y yo sin dinero y las piernas que no me responden las azucenas casi desecadas el artículo que debí entregar la semana pasada sin terminar sesenta y tres años vetusto malogrado por qué no viene alguien Elías Carmen y los rosales llenos de plaga qué maraña...

AUSENCIA

Las gaviotas no vinieron hoy, la luna tampoco.
¿A dónde se fue la belleza?



ESTRELLAS EN EL CAMPO DEL OLVIDO

Te deslizas con pasos lentos, apoyándote en tu viejo báculo de madera encapotada. Respiras con fatiga. Llegas al pequeño jardín situado en el fondo de la casa. Tus ojos ruedan por el espacio que constituye tu único refugio y consuelo.

Percibes los últimos destellos de claridad y tu cuerpo se encorva un poco. Con movimientos cansinos te sientas en el banquillo verde y blanco, regalo de tu hijo en la última Navidad.

...obscenidad obsesión obstrucción fallo de la vida Elías tres meses sin venir y dónde quedó tu inteligencia tus triunfos tu trabajo en la televisión y Carmen hija tan lejos cinco años esto necesita cuidados yo ya no puedo Elías hijo y el azúcar que me tiene medio ciego y el corazón y la soledad...

Notas la humedad en tus mejillas y te limpias el rostro con un gesto de rabia e impotencia.

...y las cuentas del banco irrumpen y colman y yo sin dinero y las piernas que no me responden las azucenas casi desecadas el artículo que debí entregar la semana pasada sin terminar sesenta y tres años vetusto malogrado por qué no viene alguien Elías Carmen y los rosales llenos de plaga qué maraña...

Agudizas la mirada y escudriñas los rincones; la opacidad del anochecer te hace percibir sólo los contornos de las plantas. Tu bastón, largo y prolongado dedo, oprime el interruptor y el área se ilumina.

...qué abandono hará un mes que no recojo las hojas secas ni riego el pencilillo no puedo seguir así de qué trata el artículo por qué salí al jardín a esta hora hay que pagar el teléfono es por la floración de la reina de la noche yo traía los papeles en la mano qué sed y la manguera sería un buen momento para...

Sacudes la cabeza y tratas de recomponer tu postura, el objeto está ahí, al alcance de tus manos; el grifo del agua a unos cuantos pasos. Te levantas con desgano y das vueltas a la llave. Esperas a que el líquido, preso en las paredes de la serpiente, haga su recorrido y surja. Colocas el extremo de tu boca y das un trago luengo, continuado. El agua se desliza por las comisuras y cae sobre tu barbilla, se escurre por tu pecho. Sientes que tus músculos se aflojan un poco y ahora te deleitas con pequeños sorbos. Retienes el aliento, respiras profundamente y vuelves a beber.

La noche llega. Te sientas y contemplas el pequeño trozo de firmamento delimitado por las paredes que rodean el jardín, el cielo, moteado apenas. Escuchas el teléfono e intentas levantarte, pero el sonido se apaga pronto. Hurgas en

los bolsillos de la camisa y encuentras los papeles.

...lo que me faltaba esto se humedeció habrá que esperar a que se sequen a lo mejor era Carmen quien llamaba por teléfono cómo estará Luisito tiene tres años y yo sin conocerlo sólo unas cuantas fotografías que me han enviado necesito los lentes estas hojas que cada día se acumulan más pero hay tiempo para que se oreen la reina de la noche dónde quedó hoy es el día los tulipanes llenos de botones y eso que están tan descuidados tengo que leer y terminar el encargo del periódico...

El rimero humedecido se estremece, lo sacudes y pasas la mirada por la opaca retahíla de puntos negros que lo conforman, entre los que destacan las palabras *epiphyllum oxypetalum* y, más abajo, descifras: Conforme a la tradición indígena, hay una noche del año marcada por el hado, generalmente previa a las primeras lluvias, hacia fines de abril o principios de mayo, en que se da la más rica florescencia; en algunas plantas son hasta un centenar de enormes filigranas las que con su fulgor irrumpen de manera simultánea en la obscuridad, impregnando con su aroma decenas de metros del entorno. Las hermosas criaturas comienzan a abrir conforme muere el día y alcanzan su diámetro máximo, de 25 a 30 centímetros, hacia la medianoche. Éste es el momento en que resplandece más su blancura. Lo paradójico de esta joya es que así como

abre al atardecer se irá cerrando tan pronto se acerque el nuevo día. Cuando la luz solar llega, toda su efímera belleza concluye para siempre. Sólo vive unas horas.

Ahora escrutas fijamente el ángulo izquierdo del jardín y tus ojos descubren la cactácea trepadora, adherida al trueno casi seco que le sirve de sostén y amparo. En tu rostro asoma un rictus que quiere parecer sonrisa.

...hombre mira cómo ha crecido esta infame plantita cuántos botones tendrá me acuerdo el día en que Elías me la trajo y dónde estará el muchacho de noche no puedo pagar las cuentas casi le doy con ella en la cabeza tengo que mover la silla si quiero ver de cerca el proceso de floración y luego estos papeles casi golpeo a Elías cuando le dije que cortara el trueno y no me hizo caso se fue de la casa todo por el maldito carácter pero es que el azúcar ya no vuelvas a lo mismo mueve la silla levántate no estás inválido... ya estás cerca es más grande de lo que pensé escalada también en la barda la cita con el cardiólogo pero qué cantidad de botones Carmen y el niño por hoy olvídate de todo casi creo que son varias docenas y están empezando a abrir qué fragancia cuántas horas tardará esto deben ser entre las diez y las once qué aroma rasga atropella no percibía algo así...

Respiras profundamente y sientes cómo tu cuerpo va perdiendo endurecimiento; giras el

cuello y ves el primer botón que, poco a poco, taladra su capullo.

...otro y otro y otro...

Tu mirada ahora resplandece; las flores, una a una, van difundiendo sus corolas. Tu boca también se expande.

...y tú que pensabas que nada te asombraría Elías no sabes lo que has hecho esta planta el año pasado no la viví cuántas flores serán casi la tiro en invierno y yo quejándome de todo la belleza abandonada necesito un cigarrillo acércate acércate lunares de la tierra durante la noche acércate...

Extiendes tus manos y sientes la tersura de la reina de la noche. La dama se contrae con timidez; el galán que la acaricia se retira y la observa.

...cuánto tiempo el corazón flotando en un estanque de amarguras caballero águila momento enardecedor estimulante armónico la vida inmersa en el bosque la crestomatía el cancerbero vencido espíritu que emerge como vela en el viento...

Las horas se van, pequeños dardos horadan la obscuridad.

...Xochipilli es hora de descansar has encontrado a Xochiquetzalli.

CUESTIÓN DE FE

Son las 12:45, hora de salida del colegio de monjas. En el salón de primer año María Fernanda, vestida de medio luto, voltea hacia el patio y ve a su abuelita sentada en la misma banca de siempre. Trae el abrigo azul y el rosario de perlas de la última vez. Fernanda le dice a la sor que tiene que irse rápido porque a su mamá grande no le puede dar el sol. La religiosa no sabe qué responder. Todo el grupo mira a la niña caminar con la manita en alto y la oyen platicar alegremente. María Fernanda va sola.

AVISO DE INASISTENCIA

¿Me recuerda? Soy su alumno el de los ojos de chinito, el de cabello lacio, el del arete verde. No he podido asistir a clases desde hace dos meses, desde la noche en que la policía hizo la redada en el baile de la preparatoria.

Le escribo para aclararle que es mentira lo que dicen; no fui yo el que sacó la pistola y disparó. Yo no maté a Jano, ni al Pepón, ni a Maruca. Es cierto que los de mi pandilla armamos el jaleo porque la Flaca no quiso bailar con el Memo, que me encontraron marihuana y que saqué una navaja.

Si pudiera verme, maestra, me tienen amarrado. Me inyectan cada rato y los doctores opinan que tengo tendencia al suicidio. En este sanatorio (no le quieren llamar manicomio) los días son largos, largos; y las noches eternas. Sobre todo cuando vienen mis papás y el viejo me pregunta que cómo le hice para encontrar la pistola que tenía escondida en la casa de Sandra, la mejor amiga de mi mamá.

Se me acabó el tiempo. Hora de la inyección.

SÁBADO 24, A LA CAÍDA DE LA TARDE

A Roberto Hinojosa.

Es media mañana de sábado y en el pequeño poblado aún no amanece. El cielo está cubierto por nubarrones enlutados. Don Nicolás —hombre fuerte, tozudo, de carácter hosco y sentimientos nobles— comienza sus tareas de campesino en la rancharía.

Se asoma por la puerta de la choza y ve que se avecina la tormenta. “Tengo que cobijar pronto los animales, antes de que comience el chubasco”. No lo medita mucho. Con paso decidido se dirige a la labor donde pasta su pequeña manada de reses.

Las vacas braman temerosas. La brisa matinal poco a poco se convierte en fuertes ráfagas de viento. Con gran esfuerzo conduce los animales al corral y atranca las puertas para evitar la estampida.

Don Nico se distingue entre la gente de la región por su fortaleza física y su retraining casi absoluto. Soltero y con más de medio siglo de vida, gusta de vivir solo y disfrutar su independencia. Su mundo gira en torno al ganado, sus labores y la música que desgrana tarde a tarde acompañándose del viejo acordeón, regalo de su madre.

Parco en el hablar y en el comer, de cuerpo enjuto, pero firme. Cada fin de semana recorre los ocho kilómetros que lo separan de sus padres y hermanos.

“Mejor me apresuro si quiero llegar al pueblo antes de que empiece a llover”. Uniendo el pensamiento a las acciones —como es su costumbre— cubre el acordeón con el trapo rojo que guarda expresamente para ello; asegura las ventanillas de su jacal, atranca la puerta y parte.

Ha caminado poco rato cuando el agua empieza a caer a torrentes. El viento arrecia cada vez más. El hombre contempla los árboles que se mecen peligrosamente a su paso. Ve los animales que, asustados, gritan y corren atropellándose, buscando dónde refugiarse.

La figura de don Nico casi se pierde, se desdibuja entre la cortina del aguacero. Continúa caminando, aunque cada vez con más dificultad. Se empiezan a formar minúsculos riachuelos que le impiden avanzar. Las plantas más pequeñas se desprenden con facilidad y lo golpean.

“Ya no puedo volver al rancho... el pueblo está más cerca... he de haber caminado unos cuatro o cinco kilómetros... al mal tiempo... dentro de poco divisaré el panteón y la torre de la iglesia...” Sigue avanzando, pero ahora lo hace abriéndose paso entre la gran cantidad de hierbas enroscadas a su cuerpo.

El terrible aguacero no tiene fin; por momentos escampa para recomenzar su caída con nuevos bríos. Es como si el cielo hubiese abierto sus compuertas, impidiéndole toda visibilidad.

El viento aúlla con furia. "Hace como veinte años que no llovía de este modo... fue cuando la gran crecida del río arrasó con las siembras y el ganado... cuando perdimos toda la cosecha... ahora es mucho más fuerte... ojalá que las vacas puedan salvarse... quiera Dios que salgamos con bien ellas y yo..."

Por primera vez pasa por su mente la idea de la muerte. La desecha con firmeza, acostumbrado como está a sortear los peligros de la vida campesina. "Cuando llegue al pueblo podré pensar en el ganado, en el acordeón... ahora necesito concentrarme para no perder el rumbo".

Las horas transcurren con pesadez. Por momentos avanzar resulta casi imposible. El agua corre a borbotones y le llega a la cintura. Aunque procura asirse con todas sus fuerzas a los árboles más resistentes para recobrar vitalidad, se da cuenta de que ésta empieza a fallarle.

"No he probado alimento desde ayer... sólo el café de hoy en la mañana y esto va para largo... No te olvides, Nico, camarón que se duerme..." No puede evitar una sonrisa.

Nota que el agua sube por momentos de nivel, que el ímpetu del aire, en vez de menguar, arrecia. Ya no son nada más pequeñas hierbeci-

llas las que ve pasar arrastradas por la corriente, sino plantas de mayor tamaño y animales que luchan por subsistir.

El miedo, ese temor ancestral a la muerte, amenaza con posarse en el alma del hombre. Una garra le oprime las entrañas. Piensa que no es posible terminar sus días de esa manera, sino en su rancharía, las voces del viento, los cantos de los pájaros y su acordeón.

"Falta muy poco para que anochezca... aunque para el caso es lo mismo". Ese largo, larguísimo día, empieza a declinar. Los contornos de los árboles apenas se distinguen en medio de la lluvia. Sólo cuando algún relámpago incendia el horizonte, el hombre percibe difusamente el espacio —agua y plantas— donde se encuentra.

"Tengo que llegar a la vía del ferrocarril", es el único pensamiento que martilla la mente de Don Nico. Ahora nota que el agua alcanza la altura de su pecho. Sabe que no podrá resistir mucho rato más en su lucha contra la corriente. Diminutas descargas eléctricas recorren su cuerpo. El estómago vacío le reclama. Siente que un ligero mareo empieza a invadirlo y, sin otra alternativa, se echa a nadar.

"Serénate... serénate... la vía del ferrocarril está muy cerca". Moviendo los brazos con el poco vigor que aún conserva, el hombre aparta las ramas que obstruyen su paso. Los animales ahogados que arrastra el torbellino chocan contra

él produciéndole espasmos de asco y de temor. Apenas si puede ver a unos dos o tres metros de distancia. A cada momento topa contra los árboles que le sirven de apoyo y de reposo.

Descansa y nada... descansa y nada. Los calambres son ya latigazos insoportables. Se siente desfallecer.

Una luz atraviesa la oscuridad. Las dos líneas paralelas aparecen ante sus ojos. "Poquito más, Nico, poquito más". Unas cuantas brazadas y logra asirse de los barrotes que sirven de soporte a los rieles. Arrastrándose, asciende el túmulo de lodo. Se sienta sobre la vía y llora larga, calladamente. En la ceguera de la desolación desliza la mirada y ve la noche. Siente el murmullo del agua que corre a la altura de la vía. Sus músculos se aflojan. A lo lejos se ven la lucécitas de las casas del pueblo. La furia del viento comienza a decrecer.

JUEGO AMARGO

Se miraron con recelo mientras repartían las cartas. Sobre la mesa las fichas se multiplicaban. El jovencito dobló la apuesta. El otro bostezó mientras mordía su galleta de chocolate.

Estaban rodeados de curiosos y adula-dores del campeón mundial de poker. —Tu apuesta y mi resto —dijo el jugador consumado—. Todos callaron. El cuartito se hizo más estrecho y el olor a chocolate se desparramó por los rincones.

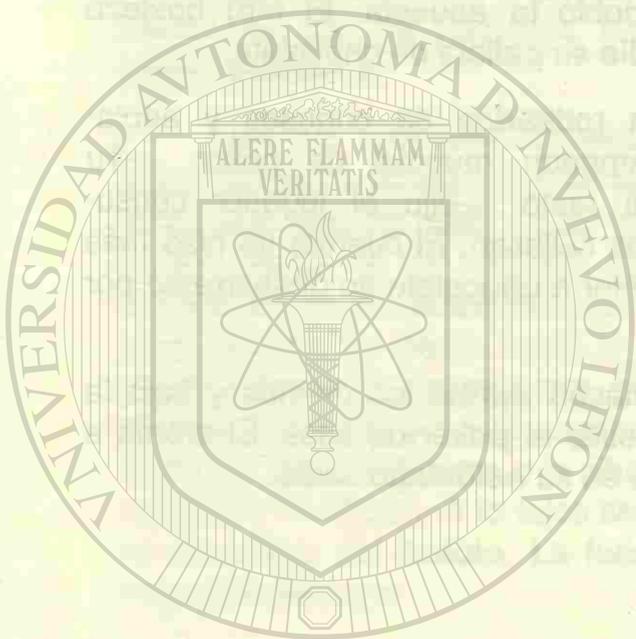
El muchacho apretó los dientes y bajó la cabeza al mostrar el poker de ases. El aroma a cacao penetró en su estómago vacío.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPOSIBILIDAD

Quiso escribir de amor. La hoja se llenó con el humo de la ausencia.



EL UMBRAL DEL CORDERO

A Héctor Manuel.

—Baja el volumen de la radio —dijo Mauricio García a su hijo Luis Enrique— lo primero que debes aprender es que los venados tienen un oído muy fino y cualquier ruido extraño los pone en alerta. El muchacho aceptó a regañadientes.

Después de varias horas de viaje, el grupo de cazadores formado por tres hombres y el jovencito llegó al coto que habían rentado con varios meses de anticipación para practicar su deporte favorito.

El muchacho paseó su mirada y vio la pequeña cabaña que le serviría de cobijo en los dos días de caza: una choza de minúsculas dimensiones, amueblada rústicamente con una mesa de madera y algunas sillas viejas. Sólo la chimenea, atestada de leños gruesos y listos para encenderse, daba vida al lugar.

—Hay que descargar la camioneta lo más pronto posible. Luego iremos a dar una ronda por el terreno.

Con rapidez introdujeron sus enseres en la vivienda: alimentos, bolsas de dormir, escopetas, lámparas, cantimploras... todo quedó listo.

—Luis Enrique, tú vas con tu tío en esta primera vuelta, ya mañana nos separaremos. Deja la radio en la choza y presta mucha aten-

IMPOSIBILIDAD

Quiso escribir de amor. La hoja se llenó con el humo de la ausencia.



EL UMBRAL DEL CORDERO

A Héctor Manuel.

—Baja el volumen de la radio —dijo Mauricio García a su hijo Luis Enrique— lo primero que debes aprender es que los venados tienen un oído muy fino y cualquier ruido extraño los pone en alerta. El muchacho aceptó a regañadientes.

Después de varias horas de viaje, el grupo de cazadores formado por tres hombres y el jovencito llegó al coto que habían rentado con varios meses de anticipación para practicar su deporte favorito.

El muchacho paseó su mirada y vio la pequeña cabaña que le serviría de cobijo en los dos días de caza: una choza de minúsculas dimensiones, amueblada rústicamente con una mesa de madera y algunas sillas viejas. Sólo la chimenea, atestada de leños gruesos y listos para encenderse, daba vida al lugar.

—Hay que descargar la camioneta lo más pronto posible. Luego iremos a dar una ronda por el terreno.

Con rapidez introdujeron sus enseres en la vivienda: alimentos, bolsas de dormir, escopetas, lámparas, cantimploras... todo quedó listo.

—Luis Enrique, tú vas con tu tío en esta primera vuelta, ya mañana nos separaremos. Deja la radio en la choza y presta mucha aten-

ción a lo que él te diga —dijo el padre—. Adelante, disponemos de dos o tres horas antes de que oscurezca.

Divididos en parejas, los cuatro hombres marcharon en direcciones opuestas. —Hace un año logramos buenas piezas en este terreno. Pero los ciervos están cada vez más escasos. Ojalá tu chamaco no se vaya decepcionado —comentó don Pedro a Mauricio García, quien sonriente le dijo que fue tanta la insistencia de su esposa, que no tuvo más remedio que traerlo.

—Mira, tío. Allá parece que se mueve algo. Voy a sacar la carabina... pero no... ya no se ve nada...

—Cálmate. Escucha los ruidos del monte que habla. Es diferente el sonido de las hojas al mecerse que el del susurro producido por el viento en espacios abiertos. También es distinto el deslizamiento sigiloso de los venados a las carreras confiadas de otros animales. Oye... ésa parece ser una ardilla trepando a un árbol... ese murmullo lejano probablemente sea el viento que se arremolina en las copas de los pinos...

—¿Pero cómo sabré cuando alguno esté cerca? Esto me parece muy difícil. Ya me arrepentí de haber venido. Mejor me quedo mañana en la cabaña oyendo música.

—Sssh... guarda silencio.

—¿Por qué? ¿Oíste algo?

—Si quieres ser un buen cazador, lo primero que tienes que aprender es a respetar la regla del silencio. Ya te dije que el oído de los anima-

les es más fino que el del hombre. Muy pronto comprenderás que no hay nada comparable a la sensación de estar al acecho de tu presa. Los nervios se te crispan, los sentidos se agudizan, el cuerpo se tensiona... sígueme, vamos a aquel claro, desde ahí tendremos mejor visibilidad.

Con cautela se dirigen al minúsculo espacio de terreno. La claridad empieza a desaparecer. Luis Enrique oprime el brazo de su tío y con un ademán le indica que mire hacia la izquierda.

Un pequeño cervatillo pasta con tranquilidad a unos sesenta metros de distancia. El hombre ve el asombro y la admiración del jovencito y le dice al oído:

—Estamos en un venadero, pues cerca del retoño se encuentra la madre y por ahí mismo anda el macho. Acuérdate, no se matan las hembras ni las crías. Sólo se permite cazar ciervos adultos.

—Yo no los sé diferenciar.

—Es muy fácil. Fíjate en la cornamenta. El macho se distingue por las astas y entre más tenga, de mayor calidad es la presa.

—Mira, tío, ya se va...

—Y nosotros también nos vamos a la cabaña. Ya está oscureciendo. Mañana hay que madrugar para aprovechar el día entero.

Los hombres miran divertidos al muchachito de ojos abotagados. —Éste no pudo dormir. Qué... ¿estás nervioso?

Luis Enrique se queda callado. Toma los alimentos, la cantimplora y el rifle que su padre le extiende. Apenas ha probado un poco de pan y café.

—Acuérdate de las instrucciones de tu tío. Ten cuidado con el rifle... úsalo sólo en el momento preciso, porque un disparo en falso nos espantaría la caza a todos. ¡Suerte!, nos veremos en la tarde. No te alejes mucho.

—Míralo, el mocoso va decidido. Lástima que tú tengas que regresar para esperarlo. Te perderás la cacería nocturna que es la mejor, pero quién te manda... por hacerle caso a tu mujer y traer un novato.

El grupo se dispersa. Luis Enrique se interna en el monte y camina con lentitud. Recuerda las indicaciones que le hicieron. Se recarga en el tronco de un árbol y permanece inmóvil un largo rato. Escucha los sonidos del monte, el correr de los animalillos... las horas transcurren casi sin sentir las y la ansiada presa no aparece.

Da unos tragos de agua, toma el rifle y camina, adentrándose más entre la maleza.

“Ya debe ser casi mediodía y no aparecen los dichosos venados. A lo mejor me mandaron por este rumbo porque saben que aquí no voy a encontrar nada y me tendré que regresar con las manos vacías. Más vale que tome por los atajos para no perderme y llegar a la cabaña antes de que se haga de noche. ¿Los otros ya encontrarían algo? No he oído ningún disparo. ¡Cómo ex-

traño mi radio!... pero si lo hubiera traído ya me imagino las burlas...”

Un ruido singular llama su atención. El muchacho aguza el oído y escucha que las hojas de los árboles se mueven de manera casi imperceptible.

Se obliga a estar quieto, pero su corazón se acelera. “No te muevas... no te muevas...” —respira profundamente y voltea—. Un hermoso venado come con parsimonia casi frente a él.

El espléndido animal traga con lentitud. Luis Enrique observa que no tiene cornamenta. “Tengo que esperar a que llegue el macho. Ya es muy tarde, pero ni modo”. Alista su arma y permanece agazapado, quieto, inmóvil.

Mauricio García regresa a la cabaña ya muy entrada la noche. En voz alta llama a su hijo, pero nadie le responde. “No debe tardar en llegar” —piensa mientras enciende la chimenea.

Los minutos de espera se convierten en horas y la inquietud del hombre se vuelve angustia.

Ya es casi medianoche y el chico no aparece. Su padre toma una linterna y el rifle. Se encamina sin rumbo definido. Durante un tiempo eterno recorre los lugares cercanos a la cabaña. Llama con desesperación al muchacho. Sus ma-

nos tiemblan mientras se aferra a la escopeta. Su cuerpo se estremece.

La luz de la mañana emipeza a mostrarse. El tío y don Pedro regresan a la cabaña. Se asombran de no encontrar a Mauricio ni a su hijo.

Hay algo extraño en el ambiente. Los dos hombres se encaminan de nuevo al monte. Se escucha un disparo lejano. Luego todo es silencio.

—Mira allá, ése es Mauricio... pero Luis Enrique no está con él —corren a su encuentro y ven el semblante demudado del padre.

—Mi hijo no regresó en toda la noche —les dice— llevo horas buscándolo y no he podido dar con él... el balazo que se oyó, ¿lo hicieron ustedes?

Los tres hombres se observan sin poder hablar. Ahora saben que el disparo no salió de ninguna de sus armas.

La búsqueda se vuelve irracional. Los hombres olvidan toda prudencia. Corren sin dirección definida, gritando el nombre del muchacho.

En un recodo se detienen. Luis Enrique, sentado con el rifle en la mano, los observa en silencio. Unos metros más adelante, un bello ejemplar está tendido apaciblemente. Parece que durmiera, a no ser por el hueco entre sus ojos. El

muchacho, con un ademán, señala la enorme cornamenta.

MURMULLO DE LÁGRIMAS CANSADAS

A Eliud Roberto.

Parece que el sol fuera a caerse sobre la ciudad. La calle se estremece. Cientos de hombres y mujeres cargan su prisa a cuestras. Al mediodía un enjambre de obreros, secretarias, hombres de negocios, vendedores ambulantes y desempleados abandonan sus actividades habituales y se dirigen a sus hogares. Sólo ella no tiene a dónde ir.

La mujer los mira pasar. Se repliega como si se escondiera del sol. Apenas extiende su mano derecha ante el muchacho parado frente a ella. Con un "Dios se lo pague" casi mudo acepta la dádiva. Sus ojillos oscuros y tristes miran con obstinación el suelo. La moneda quema, hierre, duele, pero sabe que la necesita.

El joven va a seguir su camino, mas la actitud de la anciana es diferente a la de los demás mendigos que pululan por la ciudad. No sabe qué hacer ni qué decir, sólo ve a esa mujer y piensa que su dignidad es mucho mayor que los harapos que la cubren y la tristeza que la envuelve.

El muchacho siente que la sangre se le agolpa y que su cara está totalmente colorada. La viejecilla levanta su cabeza y le sonríe, luego

vuelve a su posición anterior. Él dice: "Gracias" y se aleja.

SILENCIOSAS

FIESTA DE BAUTISMO

Después de doce días de nacido, la mujer decidió bautizar su dolor de cabeza con el nombre de "Chingaquedito". A la ceremonia asistieron su mamá, la jaqueca; su abuelo, el vómito; sus primas, las tres náuseas. El resto de los invitados eran seres esperpénticos perdidos en su mente dolorida.

Hay fiestas condenadas de antemano al fracaso, como ésta en que la tía Erina llegó insultando a medio mundo por no querer acompañarla. La parentela armó tal jaleo que el suceso terminó en tragedia y ahora están ahí, encerrados en el más oscuro sótano. Pero eso sí, el "Chingaquedito" crece cada día. Ella es una madre orgullosa.

LABRADOR DE ESPIGAS SILENCIOSAS

A Jesús Mario.

Como cualquier otro día sales de tu casa y te diriges a la escuela. De nuevo la rutina. Tu trabajo de maestro parece no tener fin. En tus pasos se reflejan el tedio y el cansancio.

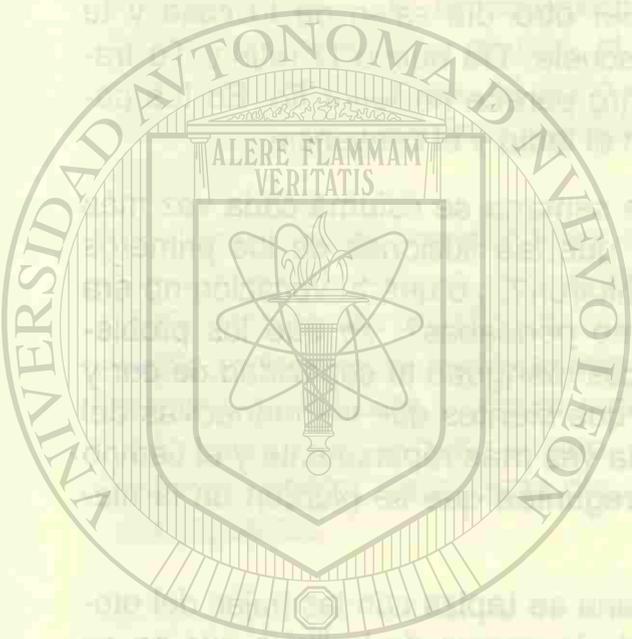
El fin de semana se esfuma cada vez más rápido. ¿Será que las ilusiones de los primeros años se marchitaron?, ¿o que tu vocación no era tan fuerte como pensabas?, ¿o que los problemas económicos menguan tu capacidad de dar y de darte?, ¿o que sientes que las manecillas del reloj giran cada vez más rápidamente y el tiempo te vence?... preguntas que se pierden en la niebla.

La mañana se tapiza con las hojas del otoño, con el rocío temeroso de la lluvia que no se atreve a caer, con el aroma vivo de los pájaros que se alejan.

Llegas a la institución donde trabajas desde hace veinticinco años. Saludas al portero como lo has venido haciendo por cientos de días. Te diriges al aula entre el ruido sordo de voces juveniles. Mecánicamente das los buenos días y sacas de tu portafolio la lista de asistencia.

—Maestro, el texto que nos encargó me gustó mucho —oyes que comenta uno de los

chicos más inquietos— y, aunque era fin de semana, de reventón y de disco, disfruté haciendo la tarea—. Todo cambia en un instante. Ya no es otro simple día.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AÑORANZAS

(1)

Sentado junto al abuelo, espero el momento. Se negó a que lo llevaran a la cama y estamos todos en el jardín: mi mamá, la tía Vevita y los vecinos.

Respira con fatiga pero se ve tranquilo. Antes de cerrar los ojos me dijo que añore lo imposible, que todos los hombres necesitamos algo, pero pocos tenemos la capacidad de la añoranza.

Siento el olor de la nostalgia despararrarse entre los árboles. La moneda que mi abuelo me prometió como herencia rueda por el jardín.

AÑORANZAS

(2)

Elpidia llega muy puntual a la iglesita el mediodía de su boda. Nerviosa, espera en la puerta al novio. Se ve radiante con su vestido blanco adornado con azahares y margaritas.

Después de un rato eterno, aparece Porfirio con el grueso de la comitiva: padres, padrinos, damas, los pajecitos y toda la familia.

Se preparan para entrar: el novio primero, del brazo de su madre; los padrinos de arras, anillos y lazo; la prima Juanita con el ramo; Lulis y Silita con los cojines; los pajecitos y, por fin, la novia con su padre. Todo está listo. Sólo esperan al sacerdote para comenzar la ceremonia.

Una camioneta se detiene en la puerta de la capilla. Bajan un féretro negro y se encaminan con él a la puerta del templo. Se colocan justo delante de Pila. Desconcierto. La muchacha pide a su padre, entre hipos y jadeos, que se lleven al intruso. Imposible. Sólo hay una iglesia en el pueblo y hay que aprovechar al cura.

El novio se enfurece. Gritos, empujones, bofetadas. Las pistolas salen a relucir. Los del cortejo fúnebre se niegan a marcharse y ahora exigen entrar primero.

La novia se desmaya. Porfirio aprovecha el momento. Nadie sabe a dónde fue.

AÑORANZAS

(3)

Entre la gente del pueblo, el abuelo tiene fama de bromista. Le pregunto que cuándo se casa por la iglesia con mi abuelita. Sus ojillos de noventa brillan. —Te diré lo mismo que a las madercitas que vinieron el año pasado —eso me lo ha repetido durante dos décadas— cuando me consigas otra. Con ésta que ves ya no tiene chiste, he vivido con ella sesenta y cinco años—. Los ojos se le arrasan y pasa sus manos transparentes por la silla vacía.

AÑORANZAS

(4)

A Marcelino.

Día de fiesta. Muy de madrugada la gente se encamina hacia las afueras del pueblo. Pasan los vendedores de flores, los dulceros con sus atados de cañas de azúcar y sus canastas repletas de golosinas, los eloteros en sus carritos. Don Pancho y sus hijos llevan los instrumentos en una carretilla vieja.

El panteón se abre. Primero entran los empleados del municipio y ponen las "mariposas" en las tomas de agua. La gente va llegando poco a poco.

El lugar empieza a llenarse de colores, de aromas y de uno que otro lamento. Las tumbas reciben su baño anual y se visten de coronas hechas con papel crepé. El silencio se rompe cuando doña Ramoncita, la viuda más reciente, lanza un alarido: —¿Por qué te fuiste, por qué me lo quitaste, Señor? Era tan bueno el pobrecito. Que goce de tu santa paz.

Pronto renace la calma. Los saludos se multiplican. Las miradas escudriñan los sepulcros. —¿Te fijaste?, los del difunto Felipe no han llegado. Y a mi compadre Tacho nomás le pusieron un triste ramito de claveles. ¿Cuándo empiezan las dedicatorias?

Se escucha la voz de don Pancho: —Canción dedicada al finado Gumercindo, de parte de sus hijos—. Las notas del acordeón y las dos guitarras vuelan de tumba en tumba y se acurru- can en los rincones del cementerio. La fiesta lle- ga a su apogeo. La música es variada: polcas, chotises, redovas, corridos, boleros. Las dedica- torias de a dos pesos alegran a vivos y muertos.

Atardece. Los niños empiezan a quejarse de dolor de estómago y de sueño. El encargado dice: —En un ratito cerramos. Ya es hora de ir a ver si pusieron los marranos—. El panteón se va quedando solo. La gente se retira a descansar. Los que se quedaron hacen lo mismo.

AÑORANZAS

(5)

El pueblo se esconde en el recuerdo. La nos- talgia camina por las calles y se trepa a las co- pas de los árboles. Es un lugar de viejos que pa- sean en el ayer y se pierden en el ahora. Me gusta preguntar al abuelo por gente que anda pisando el siglo.

—Cholita la del difunto Fidencio pasa por aquí cortando el aire —me dijo cuando le pre- gunté por la señorita de ochenta y cinco que vive a la orilla del panteón—, pero yo creo que ya no le falta mucho.

—¿Para qué?

—¡Ah, qué mi nieto tan ignorante...! cómo que pa'qué... pos pa'... pa'...—. Respira con fuer- za. Toma la rama que le sirve de bastón y em- pieza a rascar la tierra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AÑORANZAS (6)

La niña mira el horizonte. Las nubes le sonríen. Extiende el papalote y suelta el hilo. Hay poco aire y el juguete se niega al movimiento. Se pierde en los morados, verdes y rosas de sus sueños, mientras el aire le revuelve los cabellos.

Voltea hacia la duna que está a su izquierda. Unos ojos muertos la contemplan. Quiere gritar. Se contiene. Intenta reanudar el juego. El hilo avanza poco a poco y sus sueños se elevan. No ve al hombre que se acerca.

AÑORANZAS (7)

A Nazario.

La iglesia del pueblo cobra vida en la única misa que se celebra cada mes. A las siete arriban las señoras del coro, olorosas a jabón Palmolive y a loción Maja, muy peinadas y con sus mejores ropas. Ensayan durante dos horas y media bajo la dirección del maestro Lupito. Mientras entonan El avemaría, El pescador y los otros tres cantos que saben, sus ojos no se separan de la puerta de entrada del templo.

A las nueve empieza a llegar la gente. Las mujeres y niños se sientan en las bancas frente al confesionario y se remueven con nerviosismo, volteando cada momento hacia la sacristía. Por fin aparece el padre Benito, quien viene desde la cabecera del municipio para la celebración. Se encamina muy lentamente hacia el mueble de la vergüenza —así lo llama él— examinando a los que esperan su perdón. A las diez en punto se levanta y se dirige al altar.

Todos esperan las palabras de rigor del señor cura: —Ya sé que los hombres andan dándole testerazos a la vida—. La tensión se afloja. Son las palabras del perdón. Todo está en orden. El coro entona el canto de entrada.

AÑORANZAS (6)

La niña mira el horizonte. Las nubes le sonríen. Extiende el papalote y suelta el hilo. Hay poco aire y el juguete se niega al movimiento. Se pierde en los morados, verdes y rosas de sus sueños, mientras el aire le revuelve los cabellos.

Voltea hacia la duna que está a su izquierda. Unos ojos muertos la contemplan. Quiere gritar. Se contiene. Intenta reanudar el juego. El hilo avanza poco a poco y sus sueños se elevan. No ve al hombre que se acerca.

AÑORANZAS (7)

A Nazario.

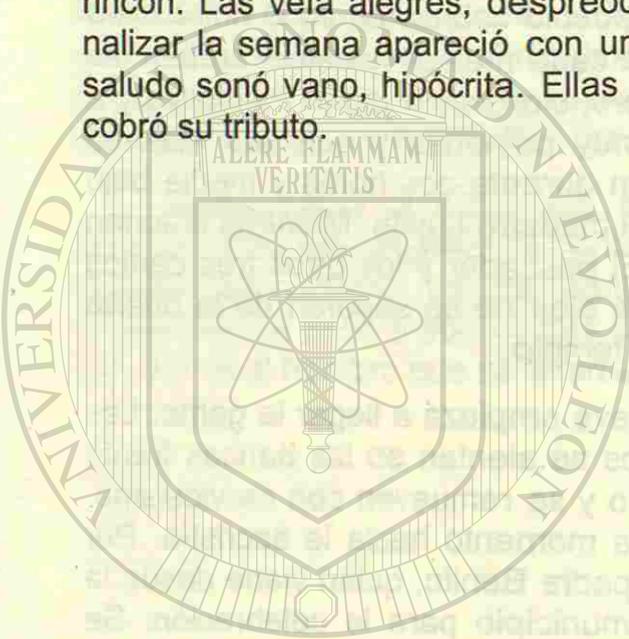
La iglesia del pueblo cobra vida en la única misa que se celebra cada mes. A las siete arriban las señoras del coro, olorosas a jabón Palmolive y a loción Maja, muy peinadas y con sus mejores ropas. Ensayan durante dos horas y media bajo la dirección del maestro Lupito. Mientras entonan El avemaría, El pescador y los otros tres cantos que saben, sus ojos no se separan de la puerta de entrada del templo.

A las nueve empieza a llegar la gente. Las mujeres y niños se sientan en las bancas frente al confesionario y se remueven con nerviosismo, volteando cada momento hacia la sacristía. Por fin aparece el padre Benito, quien viene desde la cabecera del municipio para la celebración. Se encamina muy lentamente hacia el mueble de la vergüenza —así lo llama él— examinando a los que esperan su perdón. A las diez en punto se levanta y se dirige al altar.

Todos esperan las palabras de rigor del señor cura: —Ya sé que los hombres andan dándole testerazos a la vida—. La tensión se afloja. Son las palabras del perdón. Todo está en orden. El coro entona el canto de entrada.

SIN ARREPENTIMIENTO

Durante siete días las mujeres jugaron, comieron, brindaron. El tiempo se agazapó en un rincón. Las veía alegres, despreocupadas. Al finalizar la semana apareció con una sonrisa. Su saludo sonó vano, hipócrita. Ellas disfrutaron. Él cobró su tributo.



JUEGO DE AMOR

Las dos gaviotas revolotean. Observas su juego y sueñas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MITOLÓGICAS

A tu memoria, Poeta.

(1)

Píndaro estuvo triste en la entrega de premios. Nadie se lo explicaba: su oda al ganador de los Juegos Olímpicos fue magnífica y toda Grecia lo aclamó como al más grande de sus poetas.

Esa noche no durmió pensando en lo anunciado por la sibila: alguna vez, en un lugar que se llamará México, un hombre hará la más bella elegía a un héroe desconocido. Se referirá a una mujer llamada la tía Chofi.

MITOLÓGICAS

(2)

Hermes corrió a toda velocidad. La noticia no podía esperar y los dioses se lo agradecerían: Jaime Sabines llegará hoy al Olimpo. Las mujeres están felices; los hombres, celosos. Los poetas lo esperan. Si observas el cielo verás dos estrellas más: son los ojos de la tía Chofi que sonríen mientras se toma la luna a cucharadas.

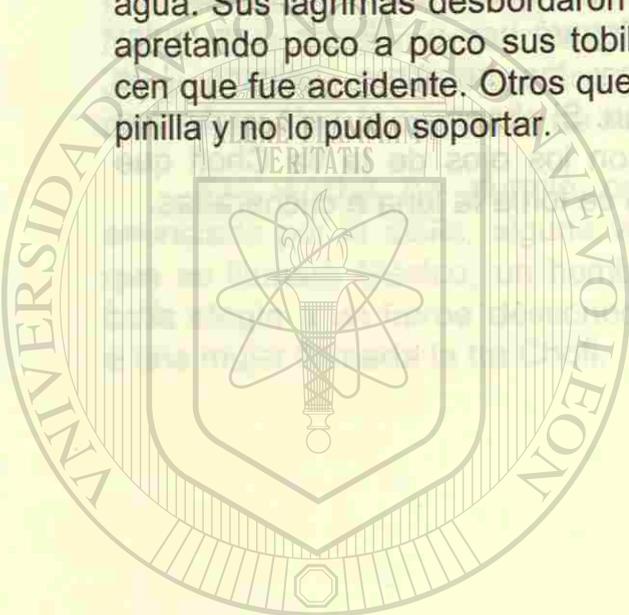
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MITOLÓGICAS

(3)

Narciso se echó a llorar al contemplarse en el agua. Sus lágrimas desbordaron el lago y fueron apretando poco a poco sus tobillos. Algunos dicen que fue accidente. Otros que le salió una espinilla y no lo pudo soportar.



MITOLÓGICAS

(4)

—Lo nuestro se terminó. He soportado todo: me compraste por una parra pintada de amarillo y dos caballos. Me sacaste de la casa a escondidas. Te ofrecí mi juventud, mi belleza, mi vida entera. Tú me prometiste amor eterno. Soy tu sirviente, tu amante, la burla de tus amigos y colegas. Todo podría sufrirlo, pero no a esta arpía estúpida y celosa. Escoge: ella o yo.

Ganimades se echó a llorar. Zeus bajó la cabeza ante la mirada burlona de Hera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MITOLÓGICAS (5)

La sombra de Ulises me despertó. Estaba furioso. Temblaba y se cubría las orejas. No pude explicarle por qué deshice la bufanda que Telémaco le llevaría para apagar los cantos de las sirenas. Me acusó de traidora. Me dijo que por mi culpa se le habían reventado los oídos. No me dejó decirle que quise atrapar la luna con el estambre. ¡Qué decepción! Es igual a todos, no entiendo de fantasías.

SUEÑO DORADO

En el día de su desgracia, Javier Santacruz gozó como nunca. Montecarlo, su sueño dorado, salió de la penumbra y se hizo realidad. Viaje de tres días ganado en el sorteo navideño, vuelo en clase turista, paseo por las orillas del Mediterráneo. Llegada por la mañana, instalación en el hotel y visita al museo, las callejuelas, las tiendas de souvenirs. Comida. Todo aderezado con la impaciencia.

Al anochecer, foto del palacio real, bebida de cortesía en el barecito al aire libre y, por fin, el casino. Asombro ante la fachada solemne. En el vestíbulo las máquinas tragamonedas, donde gasta los primeros veinte francos; otra bebida mientras compra el boleto de entrada para conocer el interior.

Miles de luces lo reciben. La ruleta, los dados, el black jack, el poker. Se decide por la primera. Empieza apostando con cautela. Rojo, negro, rojo, rojo, negro... Sus dedos son imanes. Las fichas empiezan a apilarse y las apuestas se hacen cada vez más fuertes. Tres horas y el casino está inmovilizado. La gente ha dejado sus mesas para observar el espectáculo: Javier contra el casino. Rojo, negro, rojo, rojo, negro...

En la madrugada el hombre no sabe qué hacer, cuándo parar. No puede más, la cabeza le

da vueltas. La náusea lo traiciona cuando le dicen que ha acumulado un millón de francos. Llorra acariciando la carta que le han entregado antes de partir a su viaje de fin de semana. Recoge el recibo de sus ganancias.

Dos días después vuelve a su casa, habla al banco y comprueba que su dinero ha sido depositado. Llena la tina del baño con agua caliente, inserta la secadora de pelo en el enchufe más cercano, se recuesta en la bañera. Lee por enésima vez la carta de su desventura. El calor del agua se confunde con el de la secadora.

MUESTRA DE CIVILIDAD

BLANCA

Nuestros 6325 días de casados se habían deslizado con calma en el camino de la vida. Diecisiete años y cuatro meses, tres hijos y 18975 dólares ahorrados contra viento y marea, a razón de tres diarios y en fuerte secreto de cónyuges.

Esta semana fue diferente. A partir del lunes me han seguido por todas partes: desde que tomo el camión están ahí los dos; cuando salgo del trabajo me están esperando. Si voy al cine se sientan dos filas más atrás; en el café me vigilan por el espejo. Ya no quiero ir al boliche, ni a jugar poker, ni mucho menos a aquello.

Hoy llegué a mi casa y mi familia me recibió como si hubiera resucitado: me revisaron de pies a cabeza, sobre todo las orejas y los dedos. Lloraban y daban gracias a Dios por mi salud. A coro gritaban que no importa haber perdido el ahorro de toda la vida con tal de que los secuestradores cumplieran su palabra de gente civilizada: cobrar la recompensa de 18975 dólares evitándome los tormentos del rapto.

La angustia de la persecución terminó, pero yo no puedo dormir pensando cómo se enteraron de la cantidad exacta que teníamos en casa.

A PRUEBA DE VITAMINAS

Quise olvidarte. Intenté todo: me atiborré de lecturas filosóficas, bailes afro-cubanos, alpinismo, posturas de yoga y hasta de prácticas cibernéticas. Probé el vegetarianismo, cambié de sexo y de nombre. Me fui a las estrellas, vagué por el universo. Sigo igual que el primer día.

HORIZONTE DE PALOMA BLANCA

Hoy supimos que hace dos meses murió don Rafael. El comentario se hizo delante de Armando y ahora tendremos que pagar las consecuencias de la indiscreción.

Todos sabemos que Mandito, aunque no lo conoció, preparará el ritual completo para el velorio sin difunto. Será necesario ayudarlo a disponer el altar, los cirios, los rezos, el café; planchar su traje negro y su corbata de moño; contratar a las lloronas y buscar quién dirija el rosario; convencer a los vecinos para que lo acompañen durante toda la noche.

Por la mañana habrá que simular el entierro y luego pasar a darle el pésame y llevarle las charolitas con galletas y empanadas. Él nos recibirá muy solemne y agradecerá nuestras amables condolencias por la muerte de su padre anónimo; luego explicará que su madre no está presente porque ya se fue al cielo hace mucho tiempo.

Su mente infantil en cuerpo de cuarenta años se volverá a enturbiar en el fango del recuerdo.

CORAZONADA

Llegó al casino. El corazón le rebotaba. Oyó el sonido de las máquinas tragamonedas y todo el mundo se le borró: su quincena cambiada a dólares, las horas de viaje, la ponchadura de la llanta, la lluvia del camino, la comida chatarra. Nada le importó, sólo el sonido de las máquinas, canto de sirenas.

Se secó las manos húmedas, controló el temblor y se dirigió a la ventanilla del cambio. Sacó el billete de cien y pidió monedas de uno. Con el bote en la mano vagó debajo de las arañas de mil luces. Cuando encontró la máquina del doble diamante, no dudó.

EL PRECIO

Perdiste la apuesta. Tu vida se escapó por la tontería de las ilusiones, se derramó en la última canción de la noche. Todo se esfumó ante el sonido de la caracola suspirante. Sonríes. La vida se juega así. ¿Qué más da?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

AMPOLLETAS DE SALUD

Aunque la película de Boris Karloff era escalofriante, pues los miles de pájaros en pantalla tratando de romper los ventanales de la casa crisparon el ambiente, yo miraba a mi alrededor. En el juego de luz-oscuridad las siluetas se desdibujaban, los papeles esparcidos eran tristes fantasmas arremolinados en los pies de los espectadores. El olor a palomitas inundaba la sala.

El acomodador apagó la linterna. Vi perderse su figura en la puerta de emergencia. Las sombras dobles ahora se transformaron en una, los chasquidos volaban insumisos. Por fin descubrí lo que en verdad me interesaba: tres hileras más adelante, un hombre gordo y de mediana edad se apoltronó junto a dos jovencitas que, aleladas con el filme, no se percataron del intruso.

La camisa estampada del individuo llamó mi atención. Las flores bailaban en la oscuridad, atraídas por el aroma suave de la primavera; su brazo porcino se deslizó hacia las muchachas.

Ya no tuve dudas. Me levanté, caminé con suavidad y me senté justo en la butaca contigua del tipo —quince años ejerciendo como enfermera me han enseñado a moverme en silencio—, tampoco hubo problemas para encontrar en mi

bolso de mano la aguja de insulina preparada para estos casos con la poción de la abuela.

El hombre estaba tan exitado con el terror de las chicas que no sintió el pinchazo en su glúteo izquierdo; sólo quedó ahí, con los ojos desorbitados, paladeando el sabor de la muerte.

Salí rodeada de silenciosa alegría. Mis ampolletas de salud encontraron otro enfermo.

Ahora preparo mi uniforme, porque cubriré el turno matutino en el hospital. Mañana será un nuevo día... e iré nuevamente al cine.

TARDE DE LETRAS HELADAS

La cara me ardía. Cuando bajé del camión un ramalazo de aire hirviendo me zarandeó. Sentí aumentar mi malestar hasta el punto de convertirse en náusea cuando alcé la vista para mirar el cielo.

Al abrir la puerta de la biblioteca donde tomamos el curso, una nube me cegó. Subí a zancadas los escalones hasta llegar al último piso. El aire acondicionado se había negado a funcionar desde el día anterior y las oleadas eran leones hambrientos en busca de carne.

Corriendo me dirigí al cuarto de mapas. El maestro y los compañeros me miraron con ojos de fuego. "Sus pupilas son de lumbre", pensé mientras buscaba una silla vacía. Al fin la encontré y como pude caí en ella.

—¿Trajo el texto que pedí la semana pasada? —fue la respuesta a mi saludo habitual. Todo el bochorno del pequeño cuartito se concentró en mí. La temperatura se me desbocaba por la cabeza, el cuello, las manos sudorosas.

Ni siquiera atiné a contestar. Un sonido extraño se coló por las ventanas. ¿O era mi mente agujoneada por el sofoco? Mis sienes eran tambores y sus retumbos me perforaban la cabeza. El grupo guardó un silencio universal y

los ruidos se hacían cada vez más fuertes. Ahora se desparramaban por el techo y las paredes.

Como pude abrí la carpeta. Saqué un montón de hojas impresas y empecé a distribuirlas entre los asistentes. Debía leer el cuento y luego esperar los comentarios del profesor y del grupo.

Una oleada de terror me sacudió; el bochorno se hizo infernal. Pese a que la luz se apagó cuando iba en la segunda hoja y a que tuve que terminar con los reflejos cada vez más opacos que entraban por el ventanal, desnudarme en esas cuatro cuartillas fue para mí el día del juicio. No me atreví a ver la reacción de los oyentes. Esperaba latigazos.

—Algunos fragmentos son oscuros y le falta fuerza en el cierre —murmuró el asesor—. Noté que su voz era diferente a la de los otros martes. "El calor lo tiene abrumado" —pensaba tratando de darme ánimos—. Miré a los compañeros. Nadie más estaba dispuesto a hablar.

Creí volverme loco cuando empecé a oír ruidos extraños: como si alguien estuviera jugando al ping-pong sobre el techo y las paredes. Los pelotazos eran cada vez más rápidos y fuertes. Me taladraron los oídos. En la tiniebla de mi desconsuelo, quise refugiarme en el paisaje que se contempla por el ventanal. Apenas pude ver cómo, en el exterior, la faz de la tierra se perdía entre granizos que se estrellaban con desvergüenza en las paredes, en las ventanas. Mi tem-

peratura dio un vuelco: empecé a sudar hielo y a tiritar. Me supe perdido.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MILICIA DE SILENCIO

A Juanita y Rosalba.

Durante mucho tiempo —ustedes son testigos— he sido guardián celoso de mi ejército. Lo conformé con esmero, con amor; los soldados que en él militan han llegado de las más diversas maneras: acarreados con dinero, regalados, como préstamos sin devolución, recogidos cuando, después de la lucha, sus capitanes los abandonaron... en fin, cada uno de ellos tiene su historia.

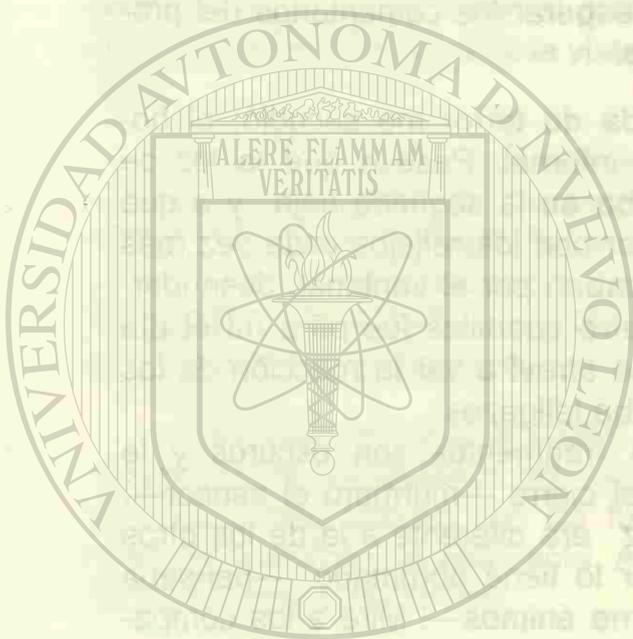
Debo decirles que en la legión que ahora les ofrezco hay diversos batallones: tiene desde brigadas de sondeo hasta escuadrón de la muerte; hay unidades que aterrorizan, capellanes de la noche y hasta una armada invencible; todos ellos están siempre listos, en pie de lucha.

¿Y qué decir de las tropas de rescate? En cualquier momento, a toda hora están alertas; su capacidad raya —permítanme exagerar un poco— en el prodigio.

La infantería merece atención especial, pues aunque humilde, se da por completo. Por favor, que no se encele la caballería, pues para mí su valor es a toda prueba.

Pero... (el eterno pero) también quiero legarles mis reclutas mutilados —los pobres han llevado la peor parte de la batalla—, los que su-

peratura dio un vuelco: empecé a sudar hielo y a tiritar. Me supe perdido.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MILICIA DE SILENCIO

A Juanita y Rosalba.

Durante mucho tiempo —ustedes son testigos— he sido guardián celoso de mi ejército. Lo conformé con esmero, con amor; los soldados que en él militan han llegado de las más diversas maneras: acarreados con dinero, regalados, como préstamos sin devolución, recogidos cuando, después de la lucha, sus capitanes los abandonaron... en fin, cada uno de ellos tiene su historia.

Debo decirles que en la legión que ahora les ofrezco hay diversos batallones: tiene desde brigadas de sondeo hasta escuadrón de la muerte; hay unidades que aterrorizan, capellanes de la noche y hasta una armada invencible; todos ellos están siempre listos, en pie de lucha.

¿Y qué decir de las tropas de rescate? En cualquier momento, a toda hora están alertas; su capacidad raya —permítanme exagerar un poco— en el prodigio.

La infantería merece atención especial, pues aunque humilde, se da por completo. Por favor, que no se encele la caballería, pues para mí su valor es a toda prueba.

Pero... (el eterno pero) también quiero legarles mis reclutas mutilados —los pobres han llevado la peor parte de la batalla—, los que su-

fren por abandono, los insurrectos y hasta el grupo erótico; más aún, les dejo mi amor imposible, mi soledad de cien años. Esto último —ustedes lo saben— me cuesta... me cuesta.

— Mi regimiento ha sido mi fortaleza, mi guarida en medio del fuego enrojecido. A ustedes les corresponde dividirlo y... seguir en la batalla.



Agradecimientos

Corrección

Lic. Juana Garza de la Garza
Lic. Rosalba Martínez Morales

Diseño de portada

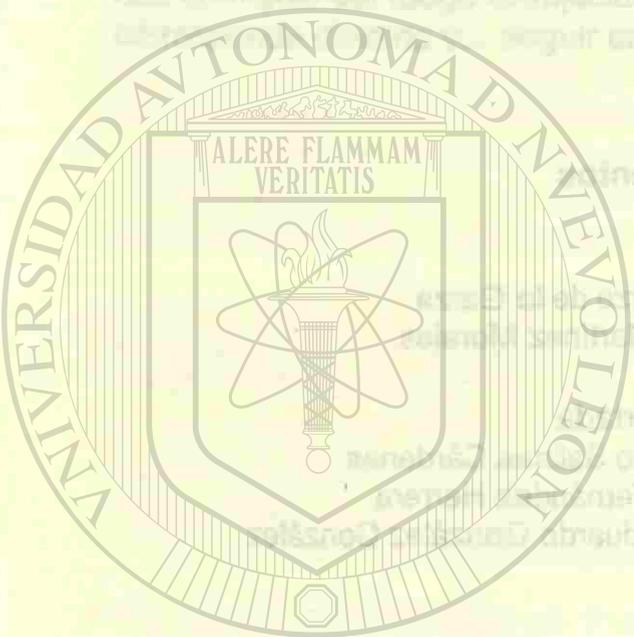
Lic. Jesús Helio Salinas Cárdenas
Lic. Ludivina Fernández Herrera
M.C. Sergio Eduardo González González

Impresión

Escuela Preparatoria No. 9
Imprenta Universitaria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Estrellas en el campo del olvido, de Elvia Salinas Hinojosa, se terminó de imprimir en septiembre de 1999. La edición consta de mil ejemplares y se realizó en la imprenta de la Escuela Preparatoria No. 9 y en la Imprenta Universitaria.

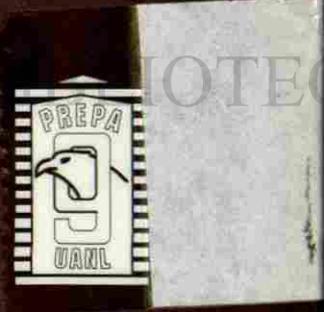
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL 2006
Agencia de Promoción de la Cultura y el Arte



OTEC